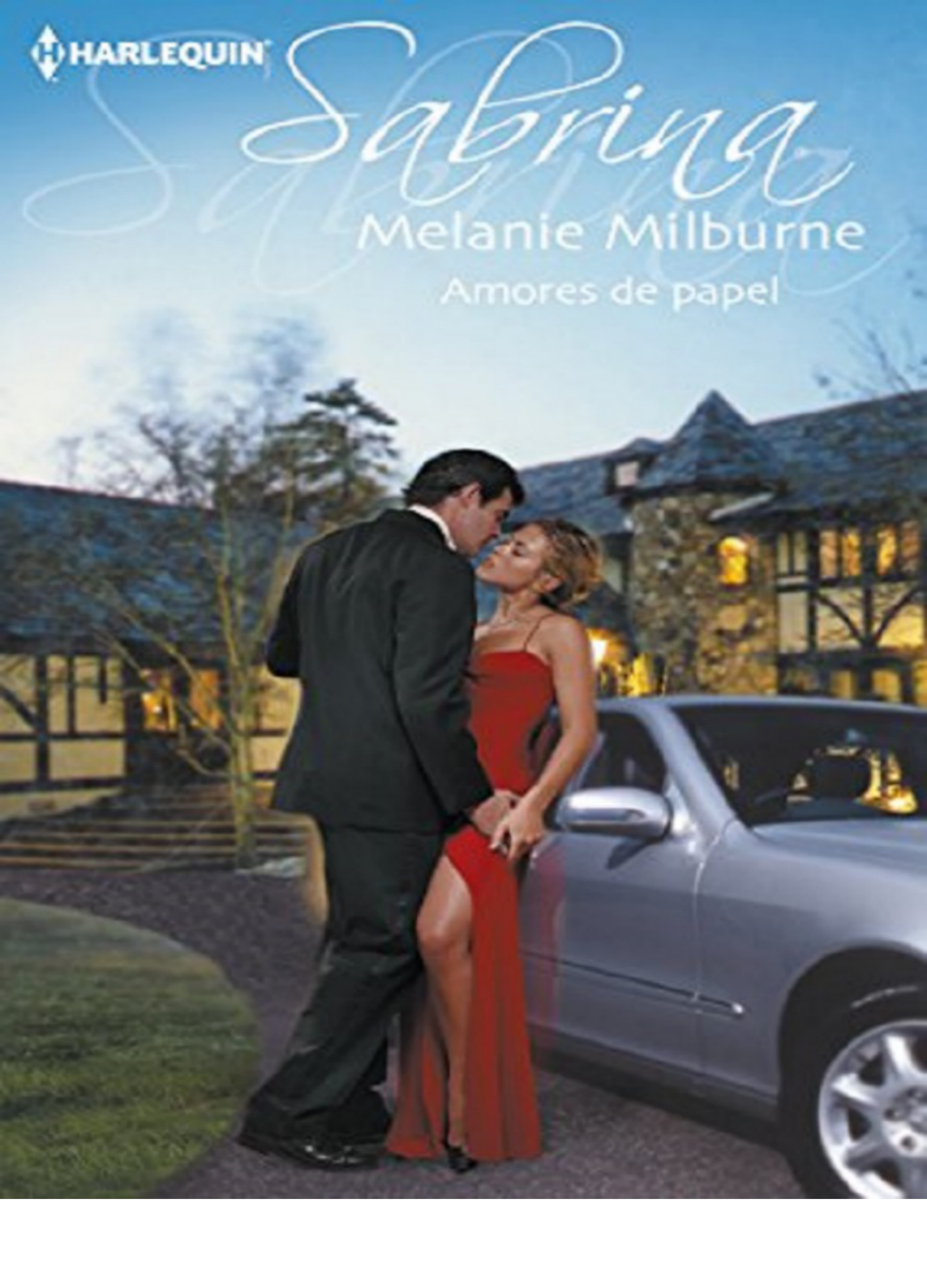


HARLEQUIN
Sabrina
Melanie Milburne
Amores de papel

Argumento

Emily Sherwood sólo tenía una oportunidad de salvar su carrera como escritora… pero el poderoso financiero Damien Margate no estaba dispuesto a permitirle que escribiera un libro que sacaba a la luz los secretos de su familia. Emily no podía rechazar su oferta de matrimonio, al fin y al cabo Damien iba a pagar todas sus deudas y la sacaría de la ruina. Pero la atracción que había entre ellos no tardó en arrastrarlos y hacerlos comprender que aquello era mucho más que un matrimonio de conveniencia.

Estaba dispuesto incluso a casarse con ella con tal de detenerla.

Capítulo 1

ODIABA que llegara tarde.

Emily consultó el reloj por enésima vez y suspiró. ¿Por qué no podía llegar Danny a tiempo por una vez? Cuando llamaron-al timbre, se puso en pie de un respingo, se miró rápidamente al espejo del vestíbulo y corrió a abrir. Tomó aire dos veces para calmarse y abrió la puerta con una gran sonrisa.

-¿Usted? -dijo sorprendida al ver al hermano mayor de Danny-. ¿Qué hace aquí?

Damien Margate se fijó en su vestido rojo de fiesta y le respondió con frialdad.

-Danny no podía venir, así que he venido yo en su lugar.

-¿No le habrá pasado nada? -preguntó Emily asustada.

Damien negó con la cabeza y entró en su diminuto apartamento.

-Todavía no -contestó misteriosamente.

-No entiendo nada -comentó Emily-. Danny sabe lo importante que es esta noche para mí. ¿Por qué no me ha llamado para decirme que no podía venir?

Damien se encogió de hombros con la misma despreocupación que ya había molestado a Emily cuando lo había conocido.

-Mi hermano pequeño no siempre me explica por qué hace las cosas -contestó-. Supongo que será un insulto para usted que haya venido yo en lugar de Danny, pero ya que estoy aquí decida si quiere que la acompañe.

Emily abrió y cerró la boca y no dijo nada. Miró a Damien de arriba abajo y pensó lo diferente que era de su hermano.

-No me gustaría hacerle perder el tiempo -contestó con sarcasmo-. Estoy segura de que tiene cosas mucho mejores que hacer que acompañarme a una velada de premios literarios.

-En absoluto -contestó Damien mirándola con sus ojos oscuros-. Esta noche... no tengo nada mejor que hacer.

Emily se enfureció. ¿Cómo se atrevía aquel hombre a ridiculizarla de aquella manera? Sabía lo mucho que lo odiaba, sobre todo desde que había expresado su opinión sobre la propuesta de Emily de escribir una biografía sobre su tía Rose.

Entonces, la había acusado de inmiscuirse en su familia con el único propósito de fabricar un montón de mentiras sobre una anciana que ya no se podía defender.

-¿No tenía una cita esta noche? -se burló Emily-. ¿O es que finalmente la mujer con la que había quedado ha preferido pasar la velada con su marido?

En cuanto lo dijo, Emily se dio cuenta de que no debería haberlo

hecho pues Damien la miró enfurecido.

-Supongo que Danny le ha vuelto a llenar la cabeza de tonterías.

Emily notó que su pregunta había hecho que Damien perdiera el control y aquello la hizo sentirse poderosa, algo que no solía suceder en presencia de Damien Margate.

-No sabía que fuera un secreto de familia -se arriesgó a decir-. Otro más, ¿eh?

Damien se colocó ante ella de una zancada y la agarró de la muñeca. Emily tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos pues era más alto que su hermano.

Desde luego, se sentía intimidada, que era obviamente lo que Damien quería.

-Le voy a dar un consejo, señorita Sherwood. El hecho de que tenga usted idea de escribir un libro sobre un familiar mío, no le da derecho a especular sobre mi vida personal ni privada ni públicamente. ¿Entiende?

. -No me interesa en absoluto su vida personal -le aseguró Emily mirándolo a los ojos-. Si tiene una, claro. Suélteme, por favor.

En lugar de soltarla, Damien le apretó la muñeca con más fuerza.

-Tiene usted dos opciones. Puede ir a la fiesta sola, lo que dará lugar a habladurías, o puede venir conmigo. ¿Qué me dice?

-Las habladurías comenzarán si voy con usted -contestó Emily-. Es Danny quien es mi novio, no usted.

-Danny no puede venir -le recordó-. ¿No le parece que yendo a esa fiesta conmigo podría obtener información sobre la vida de mi tía?

Emily deseó poder mandarlo al garete, pero tenía razón. Aparecer acompañada de un miembro de la familia no pasaría desapercibido a la prensa y eso le daría credibilidad a su libro, lo que era fundamental para que los editores no se echaran atrás.

Emily necesitaba que aquel libro se vendiera bien. Su agente le había advertido que después del fracaso de su última biografía no había opción.

-¿Y bien?

-Me parece que no tengo opción -contestó Emily con rencor.

Damien le soltó la muñeca, pero siguió mirándola a los ojos.

-A mí me da exactamente igual, pero entiendo que esta noche es muy importante para usted, ¿verdad?

Emily estaba nominada para un pequeño premio junto con otros dos biógrafos. Aunque no le gustaba mucho hacer promoción, su agente había insistido en que acudiera a la fiesta.

-Me viene bien la publicidad, sí -admitió-. A la gente le encanta leer sobre las vidas privadas de los famosos.

-La gente merece saber la verdad -dijo Damien-, no una sarta de mentiras inventadas para vender.

Emily lo miró desafiante.

-¿Y a usted qué le importa? No voy escribir nada sobre usted.

-Le puedo asegurar, señorita Sherwood, que si se le ocurre escribir una sola palabra sobre mí tendrá que atenerse a las consecuencias.

-¿Lo dice para asustarme? Se lo digo porque no me asusta. Estoy decidida a escribir el libro sobre su tía y nada de lo que me diga me va a hacer cambiar de opinión.

-Después no diga que no se lo advertí -dijo Damien-. A mi hermano lo ha confundido, pero yo soy completamente diferente.

Había algo en aquel hombre que hacía que Emily se sintiera incómoda. No había sido objeto de una reprimenda así desde que- se le había olvidado el uniforme de gimnasia en el colegio.

Aborrecía a aquel hombre por hacerla sentir infantil e irresponsable. Pero ya se las pagaría. Aquella noche era importante para Emily pues de ella dependía que no se arruinara, así que disimuló.

-Muy bien, señor Margate -sonrió-. Será un gran honor para mí que me acompañe a la fiesta. Voy por mi chal y nos vamos.

Emily se alejó en busca de su bolso y de su chal con una sonrisita de triunfo. Aunque Damien Margate creyera que la podía aterrorizar con su mirada, ella seguía teniendo la sartén por el mango. Había cosas que Damien no sabía que Emily conocía sobre él.

¡Qué cara iba a poner cuando Emily sacara todos los trapos sucios de él y de su familia!

Cuando llegaron, la fiesta estaba en todo su apogeo. La agente de Emily, Clarice Connor, se acercó a ellos con una copa de champán en la mano.

-¡Cariño! -exclamó besándola y mirando a Damien de arriba abajo-. Vaya, vaya, vaya, así que te has traído al hermano mayor, ¿eh? Muy inteligente, Emily.

-Me parece que no nos han presentado -dijo Damien tendiéndole la mano.

-Es todo un honor que haya podido usted venir con la increíble vida social que tiene -sonrió Clarice.

Damien asintió con la cabeza.

-He venido porque estoy seguro de que la velada va a merecer la pena -sonrió con frialdad.

-Claro que sí -dijo Clarice girándose hacia Emily-. Hay un periodista del Melbourne Age que quiere entrevistarte. Le he dicho que te llamara para concertar una cita, pero insiste en que sea esta

noche. Ya sé que no te gustan mucho estas cosas, pero debes hacerlo. Es la mejor manera de dar publicidad al nuevo proyecto. Tienes que mezclarte con gente con la que normalmente no te mezclarías -dijo mirando a Damien, que se había girado para hablar con otra persona.

Emily observó a una elegante mujer que se acercaba a él ataviada con un precioso vestido negro que marcaba sus curvas.

-¡Damien, cuánto me alegro de verte!

Acto seguido, miró a Emily.

-Hola. ¿Es usted alguien importante?

Emily no supo cómo interpretar aquel saludo. Miró a Damien, pero su rostro como de costumbre estaba impávido.

-Nerolie, te presentó a Emily Sherwood -dijo-. Señorita Sherwood, esta es Nerolie Highstock.

La recién llegada le dedicó a Emily una sonrisa cargada de falsedad.

-¿Es usted también escritora? Me temo que no había oído hablar de usted.

No estaba mal como insulto pues era cierto que el segundo libro de Emily no había llegado a los diez más vendidos. El primero de Nerolie lo había hecho sin dificultad, sobre todo porque ella se había encargado de estar en el momento adecuado en el sitio preciso. Es decir, en la cama de su agente.

-Supongo que eso es porque no lee lo que debería leer -le espetó.

Nerolie la ignoró y se giró hacia Damien.

-¿Has venido a asegurarte de que la señorita

Sherwood se comporta? He oído que no se ha portado muy bien con los anteriores esqueletos que ha sacado del armario.

-Vaya, ¿así que resulta que ha leído mis libros? ¿No acaba de decir que no sabía quién era? -dijo Emily mirándola desafiante.

-Me temo, señorita Sherwood, que no tengo tiempo para leer esa basura que son las biografías no autorizadas. Prefiero los hechos a la ficción.

-¿Y cómo sabe lo que es hecho y lo que es ficción?

-Siempre he defendido que hay que documentarse antes de escribir -contestó Nerolie mirándola con frialdad-. Hay que hablar con los implicados.

-¿Y si los implicados no quieren hablar? -preguntó Emily mirando a Damien.

-Entonces, hay que saber retirarse a tiempo -contestó Nerolie girándose para saludar a otro invitado.

-Vaya -le dijo Damien al oído.

Al percibir su cálido aliento en el cuello, Emily se estremeció. Se

apartó y lo miró.

-No sabía que le gustara la señorita Highstock -le dijo ante su expresión de burla-. Es una pena que no esté casada. Así sería mucho más interesante.

Damien la miró enfurecido, pero en ese momento llegó el invitado de honor. El editor jefe de la editorial probó el micrófono antes de dar su discurso para conseguir que todos los ojos se giraran hacia él.

Emily sentía la presencia de Damien Margate tras ella.

No la estaba tocando, pero Emily sabía que si se moviera un milímetro hacia atrás se daría contra él. Durante todo el discurso, tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse recta.

Estaba tan concentrada que no se dio cuenta de que habían pronunciado su nombre. De repente, se dio cuenta de que todo el mundo la estaba mirando, así que se acercó al escenario.

Lo cierto era que aquel premio la había tomado completamente por sorpresa. Su primer libro había tenido éxito, pero el segundo no y por eso Emily había dado por hecho que no iba a resultar premiada.

Dio las gracias a su agente y a sus editores, pero no sabía qué más podía decir. Lo único que percibía era la fría mirada de Damien Margate, que hacía que le sudaran las palmas de las manos.

Al terminar su discurso, varios de los presentes se acercaron para pedirle un autógrafo y Emily lo agradeció porque así no tenía que volver junto a él inmediatamente.

Lo cierto era que había algo en aquel hombre que la atraía, pero se dijo que era simplemente desde un punto de vista profesional. Porque Damien Margate era un hombre reservado y eso la atraía como escritora.

Desde luego, no había nada en él que la atrajera de manera personal. Era demasiado alto y no se

parecía en nada a su hermano, rubio y de ojos azules, el tipo de hombre que le gustaba a Emily.

Lo miró y se sorprendió de que él la estuviera mirando también. Se dio cuenta de que se estaba sonrojando, así que se concentró en firmar autógrafos.

Cuando la velada terminó, no tuvo más remedio que ir hacia Damien, que la estaba esperando.

-¿Nos vamos? -le preguntó él sonriendo con malicia.

-Eh... Sí -contestó Emily poniéndose el chal por los hombros-. Si quiere puedo pedir un taxi. No me gustaría interrumpir los planes que tenga para el resto de la velada.

-Parece que se quiere deshacer de mí -observó Damien-. Jamás imaginé que iba a hacer algo así. Podría interrogarme. ¿Quién sabe lo

que podría escribir? ¿Quizás otro libro?

-No tengo ningún interés en interrogarle -le aseguró Emily-. Lo cierto es que no tengo ningún interés en pasar más tiempo con usted. Si me perdona, voy al baño. Nos vemos en el vestíbulo en cinco minutos -añadió alejándose con la cabeza bien alta.

Al llegar al tocador, se miró al espejo y tomó aire varias veces para tranquilizarse. Se le habían soltado algunos mechones de pelo del moño y tenía las pupilas dilatadas, como si tuviera miedo.

Se lavó las manos y salió del baño, pero en lugar de dirigirse al vestíbulo buscó la salida de emergencia más cercana para huir disimuladamente.

Había refrescado y la calle estaba llena de gente que salía de los teatros y cines de Sydney. Emily se mezcló entre la muchedumbre y se dirigió a una cafetería que había a tres manzanas de allí y en la que Danny y ella habían estado muchas veces.

Al llegar, buscó una mesa tranquila y vio una cabeza rubia que se inclinaba sobre una mujer pelirroja a la que tenía agarrada de la mano.

Emily sintió que no le llegaba el aire a los pulmones. Justo entonces, sintió una mano en el hombro, se giró y se encontró con Damien Margate.

-Tengo el coche fuera.

Emily salió de la cafetería apresuradamente y estuvo a punto de torcerse un tobillo. Damien la agarró del codo y ella no se apartó.

-Mi coche está por aquí.

Emily lo siguió en silencio mientras su mente recordaba una y otra vez a Danny con esa otra mujer, sentados en la misma mesa donde ellos se habían sentado muchas veces para hablar de su futuro.

Sin poder evitarlo, se le saltaron las lágrimas y se apresuró a secárselas. Damien la miró de reojo y abrió el coche.

-Entre. Me gustaría decirle una cosa.

Emily entró sin decir una palabra. Estaba sorprendida y triste a la vez que furiosa porque Damien Margate la viera así.

Capítulo 2

E MILY no se dio cuenta hasta que ya era demasiado tarde de que Damien no iba hacia su casa. El coche se dirigía hacia Double Bay y se paró ante una mansión.

-Me quiero ir a mi casa -comentó en tono petulante.

-La llevaré a casa cuando hayamos hablado.

Emily no estaba cómoda. ¿Qué era lo que Damien le querría contar? De repente, sintió miedo. No querría hacerle daño, ¿verdad? Lo miró de reojo para tranquilizarse.

Lo siguió en silencio hacia la casa y se maravilló del vestíbulo de mármol blanco. Había una preciosa estatua en bronce de su tía Rose en el centro de la estancia y Emily no pudo evitar pararse a admirarla.

-Tenía diecinueve años cuando posó para ese busto -dijo Damien.

-Está preciosa -contestó Emily-. ¿Quién se la hizo?

-No creo que lo conozca -contestó Damien indicándole que pasara a un salón-. La escultura no se hizo con fines públicos, así que no hay motivo para que le diga quién la hizo. Además, el escultor lleva mucho tiempo muerto y Rose... no está aquí para dar su autorización -añadió quitándose la chaqueta.

-¿Dónde está? -le preguntó Emily a pesar de que conocía la respuesta-. Danny me ha dicho muchas veces que no lo sabe, pero estoy segura de que usted sí.

Damien la miró a los ojos.

-Rose está en un lugar donde la gente como usted no puede hacerle daño y mientras yo viva me aseguraré de que siga en ese lugar.

-Eso no es justo para su público, que la adora -observó Emily-. El misterio que rodea a su desaparición de la vida pública ha intensificado las especulaciones. Lo único que tiene que hacer es decir dónde está y la gente la dejará en paz.

Damien la miró furioso mientras se deshacía el nudo de la corbata.

-Ya he visto lo que hace la gente con las personas que ya no son de utilidad -contestó Damien-. De todas formas, ¿por qué iba a tener que concederle el privilegio de esa información? Estoy seguro de que se lo contaría a los periodistas a los cinco minutos a cambio de un jugoso cheque. Sé cómo trabaja. Es capaz de inventarse lo que no sabe única y exclusivamente para vender y tener al público contento.

-No sabía que le interesara tanto mi trabajo.

-No me interesa. Simplemente, sé cómo funciona la gente como usted. Por eso se lió con mi hermano, ¿verdad?

-¿Cómo? -exclamó Emily.

-No finja que está destrozada por el engaño de Danny -rió Damien-. Estoy seguro de que se arrimó a él buscando información y de que, en

cuanto la tuviera, lo dejaría tirado.

Emily lo miró pálida.

-Danny y yo...

-¿Se acostó con él?

-Eso no es asunto suyo.

Damien se encogió de hombros.

-Me preguntaba hasta dónde sería capaz de llegar una persona como usted. Supongo que no se parará ante nada hasta conseguir lo que se propone.

-Es usted asqueroso -le espetó Emily.

-Lo que le revienta es que se equivocó de hermano -apuntó Damien con sequedad.

Emily apretó los puños y deseó tener el valor de abofetearlo.

-Debería haber venido a mí. Yo soy el abogado de Rose, no Danny. Él no sabe nada de los asuntos de mi tía.

-Jamás me rebajaría...

-Danny ha jugado con usted exactamente igual que usted ha jugado con él -comentó Damien yendo hacia el mueble bar-. Ambos tienen lo que se merecen.

-¿Y cuál es su papel en todo esto? ¿Por qué ha insistido en acompañarme esta anoche? ¿Quería verme caer en desgracia?

Damien sirvió dos copas de brandy y le dio una.

-Danny es un cobarde y no le gustan las confrontaciones. En cuanto a mí, me encanta la lucha -dijo levantando su copa.

Emily sintió deseos de tirarle el brandy a la cara.

-Supongo que habrá disfrutado de lo lindo. Lo cierto es que no lo podía haber planeado mejor -le espetó.

-No tenía ni idea de que Danny iba a estar en esa cafetería esta noche.

-¿Ah, no?

-No soy tan mala persona como para hacerle pasar ese mal trago.- Lo que ha pasado es que mi hermano me ha llamado y me ha pedido que la acompañara a la entrega de premios. Fin de la historia.

-¡Ahora va a resultar que es usted una buenísima persona! -se burló Emily-. ¿Y qué más le ha pedido Danny que hiciera?

-Todos tenemos nuestros límites y yo jamás me acuesto con el enemigo.

-¡Como si yo quisiera acostarme con usted! -contestó Emily atragantándose con el brandy.

-Usted haría lo que fuera por una buena historia -dijo Damien mirándola de arriba abajo.

-No cualquier cosa.

Aquello hizo reír a Damien.

-Parece usted una virgen victoriana, pero a mí no me engaña. Sé que estuvo liada con el protagonista de su primer libro, pero no le sirvió de nada, ¿verdad? Claro que puede que el premio de esta noche haya sido una compensación tardía.

-No crea todo lo que lee en la prensa -le aconsejo Emily dando un buen trago al brandy.

-¿Qué ocurrió? ¿Se cansó de compartir la cama con un cuaderno de notas? Le entiendo perfectamente. Debe de ser espantoso que te acorralen con una entrevista en esos momentos tan íntimos.

-Es mejor eso a que te acorrale el marido de tu pareja -contestó Emily.

-Está usted buscando pelea -dijo Damien dejando la copa sobre la mesa-, pero me pregunto si tiene valor suficiente.

-Póngame a prueba -dijo Emily-. Está usted muy unido a Rose, ¿verdad?

-No va a ser tan fácil -contestó Damien.

-No pienso perder el tiempo. De todas formas, no tiene nada que me interese.

-Parece usted muy segura de ello.

-¿Qué me ofrece?

-¿Qué quiere?

Emily tomó un trago de brandy antes contestar.

-Quiero saber por qué ha desaparecido Rose de la vida pública.

-¿No dice todo el mundo que es porque está haciendo una cura de rehabilitación porque tiene problemas con la bebida?

Emily se mordió el labio. Danny le había dicho que aquello era cierto, pero ella no le había dicho nada todavía a su editora. Una historia así haría que las ventas de su libro subieran como la espuma y lo necesitaba, pero aun así...

-Eso me lo ha corroborado alguien con autoridad para hacerlo -contestó.

-Se equivoca -dijo Damien-. He hablado con mis abogados y precisamente por eso quería hablar con usted esta noche.

Emily lo miró asustada.

-Quiero que no escriba ese libro.

-¡No lo dirá en serio! -exclamó.

-Si lo escribe, la demandaré.

Emily tragó saliva.

-¿Por eso me ha acompañado esta noche? No ha sido para protegerme de la perfidia de su hermano sino para machacarme.

-No quiero hacerle daño de manera personal -le aseguró Damien-,

pero insisto en proteger a mi familia cueste lo que cueste.

-Y no le importa destruir mi carrera como escritora, ¿verdad?

Damien dudó antes de contestar.

-Siempre hay bajas cuando se producen situaciones como esta. No es nada personal.

-¡No me haga reír! Está usted decidido a hundirme, ¿eh?

-Nada más lejos de la verdad. En realidad, me da pena.

-¿Porqué?

-No es usted más que un peón y los peones siempre pierden.

Emily lo miró furiosa.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Usted hace lo que su agente y sus editores le dicen que debe hacer. Está vendida. Supongo que la mitad de las veces escribe lo que ellos le dicen que tiene que escribir, no lo que a usted le gustaría escribir.

De repente, Emily se sintió expuesta y vulnerable.

-No sea ridículo -se defendió-. Escribo lo que el público quiere leer.

-¿Mentiras? ¿Conjeturas? -No, la verdad.

-Está tan engañada como la gente que la lee.

Usted no reconocería la verdad aunque la tuviera delante.

-Muy bien, pues dígamela. ¿Por qué ha desaparecido Rose de la vida pública? Si aboga usted siempre por la verdad, dígamela.

-¿Para qué? ¿Para asegurarle el futuro a cambio de revelar dónde está una mujer que ya no quiere ser el centro de atención?

-Lo fue durante treinta y cinco años -le recordó Emily.

-Pero ya no quiere serlo. Los famosos no son de propiedad pública y Rose ha decidido que quería retirarse. Yo respeto su decisión y usted debería hacer lo mismo.

_¿Y por qué tanto secreto? Hay muchos famosos que se retiran de la vida pública tranquilamente, pero Rose ha desaparecido de repente y eso ha levantado el interés del público. Una sola frase suya y yo podría aclarar la situación y de esa manera Rose podría vivir en paz el resto de su vida.

-Nunca se rinde, ¿eh? Siempre buscando información, siempre investigando.

Emily dio un trago al brandy. No solía beber nunca, pero no quería parecer poco sofisticada en su presencia.

-Tengo que informar al público.

-¿Incluso si para ello tiene que herir a agente inocente?

Emily se mordió el labio. Recordó a los padres del protagonista de su último libro. Le habían rogado que no desvelara ciertos aspectos de su vida, pero Emily había tenido que seguir las instrucciones de su

agente.

-Hago lo que me dicen.

-Muy bien, pues yo le estoy diciendo que pare ese libro. Escriba sobre otra cosa, sobre lo que quiera, pero no sobre mi tía.

-No puedo hacer eso. El premio que me han dado hoy hará que el libro sobre su tía sea todo un éxito. Mi agente ya está hablando con los editores.

Damien sacó algo de su chaqueta.

-¿Cuánto? Puedo cubrir las pérdidas.

Emily sintió náuseas ante aquel insulto.

-A mí no me puede comprar -le espetó.

Damien enarcó una ceja.

-Podría pagarle para que escribiera sobre otra cosa, algo menos controvertido.

-La controversia vende y yo tengo que vender o adiós a mi carrera.

-¿Cuánto? -insistió Damien.

-¿Les dice esto a todas? -se burló Emily.

-Le estoy haciendo una oferta generosa -contestó Damien mirándola con desprecio-. Usted verá si la acepta o no.

-No la acepto -contestó Emily desafiante-. Me juego mucho con el nuevo libro.

-No sabe usted cuánto.

-¿Me está amenazando? Haga lo que quiera, no le tengo miedo.

-Pues debería tenérmelo porque podría arruinar su carrera.

-¿Por qué querría hacerlo? ¿No será porque se siente amenazado? Empiezo a preguntarme qué es exactamente lo que quiere proteger. Según mi información, Danny y usted no han tenido mucho que ver con Rose en los últimos quince años. Me pregunto por qué quiere protegerla tanto ahora.

-Contésteme a una pregunta, señorita Sherwood -dijo Damien mirándola a los ojos-. ¿Proviene usted de una familia unida?

Emily bajó la mirada.

-Tengo dos hermanos, pero mis padres murieron hace unos años.

-Lo siento.

Emily lo miró y vio que hablaba con sinceridad.

-No pasa nada -le dijo-. Mi familia nunca estuvo muy unida. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía cuatro años y estoy acostumbrada a estar sola.

Damien se sentó en un sofá de cuero.

-¿Por eso escribe biografías?

-¿A qué se refiere?

-Supongo que escribir sobre las familias de los demás responderá a

alguna necesidad suya interna. ¿Por eso escarba en la vida de los demás?

-Me interesan las vidas de los demás -contestó Emily-. Incluso las vidas de los que no son famosos. No tiene nada que ver conmigo sino con ganar dinero -añadió desafiante.

-No intente engañarme -ladró Damien Esto no tiene nada que ver con el dinero sino con el poder, ¿verdad? La infidelidad de Danny hace que quiera herir a mi familia, ¿verdad?

Emily intentó aguantarle la mirada, pero los ojos masculinos estaban preñados de un odio que la asustó. Se terminó el brandy de un trago y dejó la copa sobre la mesa.

-No tiene usted ni idea de cómo funciona la vida de un biógrafo si se cree que me paso meses investigando sobre una persona para abandonar la investigación por el mero hecho de que un familiar no sepa tener la bragueta cerrada.

Damien se puso en pie.

-Danny y Louise Morse llevan meses viéndose -le espetó-. Si está usted tan acostumbrada a investigar la vida de los demás, ya podría haberse dado cuenta antes.

Emily se sonrojó y se dio cuenta de que Damien Margate era un oponente formidable, pero tenía mucho que perder.

Danny había sido una distracción muy agradable, además de útil pues le había dado acceso a fotografías familiares, pero no estaba enamorada de él. Había contemplado la posibilidad de acostarse con él, pero no lo había hecho.

-Puede que nos parezcamos más de lo que usted cree -lo retó-. A mí no me importa compartir información.

-Le he advertido que no se meta en mi vida privada, pero usted no hace caso de las advertencias, ¿verdad? -le espetó Damien apresándola entre su cuerpo y el sofá.

-No me da... miedo.

-Sí, claro que se lo doy -dijo Damien mirándola a los ojos-. Su vida depende de este libro y yo estoy decidido a evitar que lo escriba.

-No puede hacer eso.

-¿Ah, no? -dijo mirándola desafiante.

-Lucharé.

-Muy bien -se rió Damien-. Luche.

Emily lo miró a los ojos. Tenía la respiración entrecortada por su cercanía y las piernas no la sostenían. Aun así, no se apartó. Una parte de ella quería averiguar hasta dónde estaba dispuesto a llegar Damien.

Sus labios se apoderaron de su boca sorprendiéndola. Era obvio que aquel beso era un castigo. Emily intentó apartarse, pero Damien

se lo impidió abrazándola con fuerza.

Emily debería haber luchado, pero se encontró agarrándose a su camisa y apretándose contra su cuerpo.

Cada vez que sus lenguas se encontraban, sentía que le corría fuego por las venas. Damien le bajó un tirante del vestido dejando al descubierto buena parte de su pecho. Emily sintió su mirada llena de deseo.

Damien le besó el cuello y siguió bajando en busca del pezón...

-¡No! -consiguió decir apartándose de él.

-¿No? -se burló Damien.

Emily apartó la mirada. Se sentía avergonzada.

-No se lo voy a decir a Danny -la insulto él.

Emily sintió náuseas. ¿Cómo había llegado a aquello? Su gran noche de fama se había convertido en una farsa de proporciones increíbles. Damien había manipulado la situación para dejarla como una idiota. Tenía el control, lo había tenido desde el principio.

-Si te crees que me vas a poder manipular con estas cosas, te equivocas -le espetó-. Estoy acostumbrada a que los hombres desesperados se me abalancen y se cómo tratarlos.

Damien enarcó una ceja.

-Yo no me describiría como un hombre desesperado, pero de todas formas explícame cómo lo haces.

-Eres exactamente igual que los demás -contestó Emily mirándolo con rencor-. Te crees que te basta con chasquear los dedos para que las mujeres caigan rendidas a tus pies, pero eso no funciona conmigo. Las mujeres con las que sales suelen ser los desperdicios de otros hombres y te aseguro que yo no estoy por la labor de añadir mi nombre a esa lista.

Al ver cómo la estaba mirando, Emily se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

-Además de escribir cosas peligrosas, las dices -dijo Damien furioso-, pero voy a hacer que te arrepientas de todo lo que acabas de decir -añadió apretándola contra su cuerpo.

-Ya te he dicho que no me das miedo -contestó Emily sintiendo su erección.

-Te doy una semana para que tomes una decisión -continuó Damien como si Emily no hubiera dicho nada-. Si decides seguir adelante con el libro, la próxima vez que nos veamos será con los abogados delante.

-¡No puedes hacer eso!

-Ya verás como sí.

Emily sintió pánico. Si su editor se enterara de que existía aquella

amenaza, apartaría su proyecto inmediatamente.

Emily se apartó de Damien, recogió su bolso y fue hacia la puerta.

-Te llevo a casa -dijo él siguiéndola.

Emily se giró hacia él.

-Antes me tiraría por un barranco que dejar que me lleves a casa -contestó abriendo la puerta-. Nos veremos en los tribunales.

Capítulo 3

EMILY se subió en el taxi temblando. Recordó las amenazas de Damien Margate y se preguntó qué podía hacer. No contaba con los medios para enfrentarse a alguien como él. Su carrera literaria pendía ya de un hilo, tal y como su agente le había recordado hacía unos días al advertirle que su próximo libro debía ser un éxito.

A llegar a casa, Emily pagó al taxista y se quedó mirando el bloque de viviendas en el que vivía. Había trabajado muy duro para conseguir comprarse una casa. Lo había conseguido gracias al éxito de su primera biografía, que había sido sobre un famoso político.

Con el fracaso del segundo libro, había tenido que ir hablar con el director del banco para prometerle que se recuperaría económicamente. Además, había tenido que ponerse a trabajar media jornada en un restaurante cercano. . Soñaba poder pasarse todo el día escribiendo, pero de momento no podía ser. Sacaba tiempo de donde podía para escribir en su ordenador portátil y trabajaba muy duro para cumplir los plazos de entrega, para tener así contentos a los editores y a su agente, que aunque decía creer en ella a veces parecía deseosa de romper el contrato.

Emily suspiró mientras esperaba el ascensor. No pensaba rendirse sin presentar batalla. Damien debía creer que la había asustado, pero estaba dispuesta -a defenderse como gato panza arriba. Tenía todo el fin de semana para decidir su plan de ataque.

Aquella noche apenas pudo dormir. En cuanto dieron las ocho de la mañana, llamó a Clarice.

-¿Sí?

-Clarice, soy yo, Emily. Quiero hacer una gira para promocionar Rose's cupboard -anunció.

-Pero si todavía no lo has escrito.

-¿Y qué? He ganado el premio, así que la gente va a empezar a comprar mis dos libros anteriores. Quiero que llames a todo el mundo y que organices varias firmas de ejemplares de Going for vote. No sólo en librerías, también en centros comerciales y en programas de radio y de televisión.

-No me lo puedo creer -contestó Clarice-. Después de Tyson's trial me dijiste que no querías volver a hacer promoción.

-Sí, ya lo sé, pero he cambiado de opinión.

-¿Y lo sabe tu novio?

-Esto no tiene nada que ver con Danny -contestó Emily muy seria.

-¿Y su hermano? No creo que esto haya sido cosa suya, ¿no?

-Damien Margate es un estúpido que no creo que haya leído más que el Financial Times desde el colegio. Quiero promocionarme y

nada ni nadie me lo va a impedir.

-¡Muy bien dicho! -exclamó Clarice-. Dame un par de horas a ver qué puedo hacer.

-Gracias, Clarice. No te arrepentirás. Esto va a ser todo un éxito.

-Eso espero, querida, porque no nos podemos permitir otro fracaso como el de Tyson's trial.

Emily odiaba que le recordaran el libro que había escrito sobre un joven delincuente. Cuando Tyson se suicidó en la cárcel todo el mundo la había culpado, incluida la familia del fallecido.

Había tardado meses en poder volver a escribir y eso había sido por un encuentro fortuito con Danny. Había entrado en el restaurante en el que trabajaba y, mientras lo atendía, había coqueteado con ella.

Cuando firmó el recibo de la tarjeta de crédito, Emily se fijó en su apellido y aprovechó para hacer un comentario sobre Rose Margate, aquella conocidísima actriz que había desaparecido misteriosamente sin previo aviso.

-Es mi tía -había contestado él mirándola con sus increíbles ojos azules.

Emily había aceptado su invitación para ir a tomar una copa y aquella misma noche su carrera literaria había resucitado.

Su agente se había mostrado entusiasmada con la idea de escribir una biografía no autorizada de Rose Margate.

Emily no supo de la existencia del hermano mayor de Danny hasta que Damien se presentó en el restaurante una noche acompañado por una mujer que lucía una alianza en su mano izquierda.

Para entonces, Danny ya le había hablado de que su hermano mantenía una relación con la mujer de un conocido hombre de negocios y le había rogado que jamás mencionara a Damien en su libro. Emily supuso que era para protegerlo.

Recabar información sobre Rose estaba resultando mucho más difícil de lo que esperaba. Danny le había dado fotografías y algunas cartas,, así que Emily tenía mucha documentación sobre los primeros años de la carrera de la actriz, pero a medida que iba pasando el tiempo los datos empezaban a escasear.

Por eso, había decidido acercarse a Damien. Al fin y al cabo, él era el albacea de Rose. Tal vez, explicándole que los seguidores de su tía merecían saber dónde estaba, accediera a contestar a sus preguntas.

Sin embargo, su encuentro había resultado un completo fracaso.

Aquella vez, Emily no podía fallar.

Danny la llamó a la hora de comer.

-Perdona por no haberte podido acompañar anoche -le dijo-. ¿Qué tal la fiesta?

-Bien -contestó Emily-. Me dieron el premio por Going for vote y tu hermano...

-¿Damien? -ladró Danny-. ¿Estaba allí? Emily frunció el ceño. -¿No le dijiste tú qué me acompañara?

-Lo último que haría mi hermano en esta vida es ayudarme -contestó Danny secamente-. Me pregunto qué se trae entre manos.

-Eso exactamente te iba a preguntar yo a ti. -Te lo iba a decir...

-¿Antes o después de haberte acostado conmigo?

-Debes de pensar que soy un canalla.

-En eso te pareces a tu hermano. -Veo que ha hablado contigo. -Más o menos.

-Espero que no fuera demasiado duro contigo.

Se muestra un poco protector con Rose.

-¿Un poco protector? -rió Emily-. Por cómo se comporta, cualquiera diría que es su madre... Danny no dijo nada.

-¿Daniel? ¿Es eso? ¿Damien es hijo de Rose? -No digas tonterías Emily... sabes perfectamente que Rose no ha estado nunca casada.

-No te he preguntado eso. ¿Podría Damien ser hijo de Rose? ¿Un hijo de una relación pasada? -Damien es mi hermano mayor. Es cuatro años mayor que yo y, aunque no nos parecemos físicamente, él se parece mucho a mi padre. -Pero no os lleváis bien, ¿verdad?

-Hay muchos hermanos que no se llevan bien.

Eso no quiere decir que no sean hermanos. -¿Nunca has tenido dudas? Lo cierto es que no os parecéis en nada. Además, me has dicho muchas veces que tampoco se llevaba bien con tus padres.

-Y tú me has dicho que a ti te pasaba lo mismo.

Damien no tiene un carácter fácil. Yo en tu lugar no me andaría con tonterías con él. No me gustaría que te hiciera daño.

-Me emociona que te preocupes por mí –dijo Emily con ironía.

-Emily, siento mucho lo de anoche, pero Louise y yo llevamos juntos mucho tiempo.,

-Me lo podrías haber dicho, ¿no crees? Fue bastante humillante enterarme delante de tu hermano. -¿Podemos seguir siendo amigos? -Eso depende de tu hermano. -¿A qué te refieres?

Emily recordó la cara amenazante de Damien. -Nada, nada. Ya hablaremos. Te tengo que dejar. Tengo cosas que hacer.

Tras colgar, Emily fue al salón y sacó las fotografías que Danny le había dado de su familia. Las colocó todas en el suelo y las miró una vez más. Había muchas de Danny de pequeño y en ellas Damien apenas aparecía. ¿Sería casualidad o lo habían hecho adrede para que el niño moreno no apareciera en el centro de la familia?

Había una fotografía de su padre, Donald Margate, un hombre alto

y de apariencia austera. Era cierto que Damien se parecía a él. También tenía fotos de su madre, Cora, que era una mujer bellísima... que apenas sonreía.

De hecho, sólo sonreía cuando estaba con su hijo pequeño... Danny.

¿Cómo no se había dado cuenta de todo aquello antes?

Emily apartó las fotos y consideró su próximo movimiento. Tenía una semana antes de firmar el contrato con la editorial, una semana antes de que las amenazas de Damien se hicieran realidad, una semana para averiguar la verdad.

Clarice la llamó media hora después para comunicarle que tenía cuatro compromisos en las horas siguientes.

-El lunes por la mañana tienes una entrevista a primera hora en televisión. Después, directamente a la emisora NMDA. Luego, tienes una reunión desayuno con el director dé Writer's review y, para terminar, una entrevista con Nadine Brereton y Damien Margate.

-¿Qué?

-Nadine Brereton, ya sabes, la presentadora de ese programa de la televisión privada. Quiere...

-Sé perfectamente quién es Nadine, pero, ¿se puede saber qué pinta Damien Margate en todo esto?

-Creí que te encantaría la idea. ¡Va a ser un golpe de efecto increíble! El sobrino de Rose por fin ha accedido a concedemos una entrevista.

-Pero si ya tengo muchas entrevistas con Danny...

-Sí, lo sé, querida, pero Danny es un chiquillo comparado con su hermano. Damien es el que tiene la información que nos interesa sobre Rose. La verdad es que deberías haber ido por él y no a por ese playboy que no sabe mantener la bragueta subida.

Emily hizo una mueca ante aquel comentario completamente cierto. Era verdad que Danny Margate era un egoísta, pero eso no quería decir que Emily quisiera vérselas con Damien.

¿Qué pasaría si dijera en la entrevista que la iba a demandar? ¿Qué pasaría si oyera eso su editor? ¿Qué podía hacer para que no la destrozara públicamente?

-Allí estaré -le dijo a Clarice anotando las horas de sus citas.

Emily se vistió con esmero para el programa matutino, se recogió el pelo en un moño francés y se maquilló moderadamente.

Miró al entrevistador con una confianza en sí misma que no sentía mientras el hombre le preguntaba por su investigación para escribir Rose's cupboard. De paso, consiguió anunciar que iba a estar firmando ejemplares de sus dos otros libros en varios puntos de la ciudad.

En el momento en el que se apagaron los focos, respiró aliviada.

-Lo has hecho muy bien -la felicitó Clarice-. Me ha encantado que hayas dudado cuando te han preguntado por Damien Margate y eso de sonrojarte levemente te ha quedado perfecto.

-No me he sonrojado -protestó Emily irritada-. Es que esos focos dan un calor de muerte.

Clarice sonrió con malicia.

-Vámonos -le dijo-. Tenemos que llegar a la radio antes de las nueve y hay un tráfico horrible.

Emily siguió a su agente temblorosa ante la idea de que en menos de dos horas iba a tener frente a sí a Damien Margate en persona.

Capítulo 4

TRAS TERMINAR la entrevista en la radio, que apenas duró tres minutos y fue una pérdida de tiempo a su modo de entender, Emily se reunió con Clarice en el vestíbulo del Regent Hotel. Clarice ya le había pedido una tónica con limón.

-ME ha llamado Nadine para decirme que va a llegar un poco tarde. Quiere entrevistaros a Damien y a ti en una de las suites del hotel.

Emily se sintió incómoda ante la intimidad que aquello sugeriría. ¿Una suite? ¿Damien Margate y ella?

Clarice miró el reloj de diamantes que lucía en la muñeca.

-Llega tarde.

-No, no llega tarde -dijo Emily probando su bebida-. Es su táctica.

Clarice enarcó las cejas.

-Veo que lo conoces muy bien.

-No, en absoluto, pero sé cómo actúan los tipos como él. Desde luego, no esperes verlo jamás llegar pronto y pasearse de arriba abajo delante de todo el mundo. Damien Margate prefiere llegar en el último momento, como si fuera él quien lo tuviera todo bajo control y no Nadine Brereton.

-Deberías haberte dedicado a escribir novelas de suspense. Se te da fenomenal interpretar cómo es la gente.

-Hay algo en Damien Margate que me intriga. -Es muy sexy -murmuró Clarice.

De repente, se puso en pie y alargó la mano para saludar a alguien que estaba detrás de Emily. -¡Señor Margate, me alegro de verlo!

Emily deseó que se la tragara la tierra, pero el suelo no se abrió. Por lo visto, los arquitectos que habían construido aquel hotel no habían tenido en cuenta aquel tipo de episodios.

-Señor Margate -le dijo forzándose a mirarlo a los ojos.

-Señorita Sherwood -saludó él dedicándole una mirada de lo más penetrante.

-Nadine va a tardar un poco pues está preparando una suite para ustedes -anunció Clarice. Damien enarcó una ceja y miró a Emily. -Qué interesante.

Emily se limitó a estudiar la carta que había sobre la mesa.

-La he visto en el programa de esta mañana

-dijo él sentándose a su lado.

-Me sorprende. Creí que no tenía tiempo de ver la televisión -contestó volviendo a leer la carta.

-Me gusta estar informado de los últimos acontecimientos -comentó Damien con sequedad.

Emily se encogió de hombros.

-Espero que le haya gustado.

-Mucho, aunque me ha sorprendido que haya hablado tan bien de mí.

Emily lo miró a los ojos.

-Podría haber dicho muchas más cosas, pero supuse que a esa hora del día habría niños viendo la tele, así que no he mencionado que el otro día me besó a la fuerza.

Damien ni se inmutó.

-Vaya, pensé que le había gustado. Quizás, la próxima vez me emplee a fondo.

-En sus sueños, señor Margate -contestó Emily mirándolo furiosa.

Damien se rió y se levantó para saludar a Nadine, que llegaba acompañada de su equipo.

-Eso ya lo veremos -la desafió.

Los llevaron a una suite en la que los maquillaron mientras el equipo terminaba de colocar los focos y las cámaras.

-Muy bien, señorita Sherwood, usted siéntese aquí -le indicó la presentadora- y usted, señor Margate, aquí junto a ella. ¿Preparado Joe?

El cámara asintió y comenzó a rodar.

-Buenos días y bienvenidos a Afternoon Muse. Soy Nadine Brereton y hoy estoy en el Regent Hotel junto a dos invitados muy interesantes: la señorita Sherwood, biógrafa que se propone escribir un libro sobre Rose Margate, una de las actrices más conocidas de Australia, y su sobrino, el señor Damien Margate. Para empezar, señorita Sherwood, ¿es cierto que se ha encontrado usted con una gran oposición por parte de la familia a la hora de documentar la vida de la señora Margate?

Emily miró a la cámara directamente y se recordó que la más mínima metedura de pata la llevaría a perder el contrato y a arruinar su carrera.

-No, no exactamente. Un miembro de la familia Margate ha sido increíblemente generoso conmigo y me ha dedicado mucho tiempo y atención. Su colaboración ha sido muy importante para mí.

Emily oyó que Damien se reía de manera despectiva y rezó para que los micrófonos no lo hubieran captado.

-Se refiere usted al otro sobrino de Rose, supongo, a Danny Margate -comentó la presentadora.

Emily asintió.

-Danny Margate quiere mucho a su tía y desea que la biografía que se escriba sobre ella sea precisa y auténtica para que el público la

disfrute.

-¿Es cierto que no ha entrevistado a la señora Margate en persona?

-Sí, es cierto.

-¿Y cómo es posible documentarse sobre la vida de alguien de forma precisa sin entrevistar a esa persona directamente?

-Las biografías no son una recopilación palabra a palabra de la vida de una persona. Hay muchas que se escriben cuando el protagonista ya ha muerto y para ello los escritores utilizamos muchas fuentes de información, como periódicos, fotografías, entrevistamos a amigos y familiares... -explicó Emily.

-Pero la familia Margate, excepto Danny Margate, no ha querido cooperar, ¿no es cierto?

Emily miró a Damien, que estaba sentado con expresión inescrutable.

-Tendrán sus razones -contestó Emily diplomáticamente.

-Señor Margate -dijo Nadine girándose hacia él-. ¿Por qué se opone usted a que la señorita Sherwood cuente la vida de su tía?

-No me opongo a las biografías en sí, pero me opongo a las biografías que se escriben en contra de los deseos de la familia del protagonista en cuestión.

-¿Eso quiere decir que ustedes se oponen abiertamente a esta biografía?

Emily se retorció las manos mientras esperaba la contestación.

-Mi tía Rose eligió dejar la vida pública hace quince años después de haberse entregado durante treinta y cinco a sus seguidores. No ha autorizado esta biografía y, por lo tanto, yo tampoco.

-¿Es cierto que está usted dispuesto a llegar a interponer una demanda judicial si se llegara a publicar este libro?

-Espero no tener que llegar a eso -contestó Damien mirando a Emily.

Emily rezó para que sus editores estuvieran muy ocupados como para estar viendo la televisión.

-Señorita Sherwood, ¿está usted dispuesta a hacer lo que sea para publicar Rose's cupboard?

Emily miró a Damien a los ojos de manera desafiante.

-Llevo meses de trabajo documentándome para este libro. Rose Margate tiene miles de seguidores que están deseando saber qué ha sido de ella desde que dejó el teatro. Este libro va a ser una recopilación de fotografías y una biografía de sus primeros años, algo que interesa a mucha gente.

-Señor Margate, estoy segura de que hay mucha gente que está de acuerdo con la señorita Sherwood. ¿Qué daño puede hacer un libro así

para recordar a una de las actrices más famosas de Australia?

-Si este libro se va escribir con la idea de recordar sus éxitos, no tengo objeción. Sin embargo, la señorita Sherwood tiene fama de explotar a los protagonistas de sus libros, a veces con consecuencias trágicas. No tengo nada en contra de que la señorita Sherwood se intente ganar la vida de alguna manera, pero estoy decidido a que no lo haga sirviéndose de un miembro de mi familia.

Llegados a ese punto, Emily se puso en pie furiosa, pero la cámara estaba ya enfocando a Nadine, que estaba despidiendo el programa.

-Ustedes, querido público, tendrán que decidir. ¿La biógrafa Emily Sherwood quiere explotar el apellido Margate para ganar dinero o se limita a ofrecer al público una documentación cuidada y precisa de una actriz muy querida? Saben la dirección de correo electrónico y nuestro número de teléfono, así que esperamos su opinión. Muchas gracias por haber estado con nosotros y después de la publicidad volveremos con el director del servicio de urgencias del St. Stephens Private Hospital. Hasta ahora mismo.

-¡Al servicio de urgencias mandaba yo a este hombre! -exclamó Emily.

-Tranquila, cariño -contestó Clarice-. Piensa en las ventas que esta entrevista te va a proporcionar. Este es el tipo de publicidad que necesitas.

Emily miró a Damien, que estaba hablando con la presentadora, y salió de la suite furiosa. Jamás había estado tan enfadada. Damien Margate había manipulado la entrevista para hacer ver que ella era una persona sin escrúpulos a la que no le importaba hacer lo que fuera para conseguir una historia.

-¿Señorita Sherwood?

Emily se giró al oír su voz..

-No me vengas ahora haciéndote el educado –le espetó apretando los dientes mientras se abrían las puertas del ascensor-. ¡Eres un canalla!

Damien enarcó las cejas ante la vehemencia de sus palabras y la siguió al interior del ascensor.

-Quiero hablar contigo -le dijo muy sereno.

-Eso es exactamente lo que acabas de hacer. ¡Delante de tres millones de personas!

-No, quiero hablar contigo en privado, sin cámaras.

-¿Para qué? ¿Para besarme cuando te apetezca? -No pareció importarte el otro día -le recordó él de manera poco galante.

Al llegar al vestíbulo, la agarró de la cintura y la sacó del ascensor.

-¿Qué haces? ¡No pienso ir contigo a ningún sitio!

Damien la agarró con fuerza y le dijo al portero que pidiera un taxi.

Emily no dijo nada. No podía. Sentir su mano en la cintura la estaba volviendo loca.

Damien la metió en un taxi sin ceremonias y le dio una dirección al taxista.

-¡Esto es un secuestro! -protestó Emily-. ¡Te voy a denunciar!

-¿Ah, sí? -se burló Damien.

Emily apretó los dientes y le clavó las uñas en el brazo.

-¡Para, fiera! -exclamó él apartando el brazo. Al verlo chuparse el arañazo, Emily sintió una extraña sensación en el bajo vientre.

Al cabo de un rato, el taxi se paró ante lo que Emily reconoció como la casa de Damien.

-Sal -le dijo él abriéndole la puerta.

-Piérdete.

Damien la agarró de la muñeca y tiró de ella sin tener en cuenta que llevaba minifalda y unas medias de seda que le habían costado una fortuna.

-Mira lo que me has hecho -protestó Emily señalándose la carrera de la media.

-Touché -contestó el con sarcasmo señalándose la muñeca herida.

Emily no tuvo más opción que entrar en su casa, pues Damien la empujó sin piedad y no la soltó hasta estar dentro y haber cerrado la puerta.

-Como se te ocurra ponerme la mano encima, te juro que…

-Cállate -le interrumpió él-. No te voy hacer daño.

Emily se cruzó de brazos.

-Entonces, ¿por qué me has secuestrado? ¿Haces esto normalmente para invitar a una chica a tomar un café?

Aquella hizo reír a Damien.

Emily también sintió deseos de reír, pero apretó los dientes para no hacerlo. Le gustaba la risa de Damien y las arruguitas que se le formaban alrededor de los ojos suavizaban su dura expresión y lo hacían parecer casi guapo.

-¿Quieres un café? -le preguntó sonriente.

Emily negó con la cabeza.

-Me quiero ir a casa.

-Yo me voy a hacer un café, así que acompáñame a la cocina y mientras hablamos -dijo Damien alejándose.

Emily lo siguió.

-Si no estuvieras recabando información sobre mi tía, ¿qué estarías haciendo ahora mismo? –le preguntó Damien.

A Emily no le apetecía hablar de sí misma con aquel tipo.
-Nada -contestó sentándose en un taburete-. Desgraciadamente.
-¿Problemas económicos? -quiso saber Damien poniendo la cafetera en marcha.
-No si me dan un adelanto por este libro -contestó Emily preguntándose si aquel hombre la habría investigado.
-Espero que entiendas que esto no es nada personal. No quiero que te arruines, pero tampoco quiero que te aproveches de mi tía para pagarte las próximas vacaciones.
-¿Nada personal? ¡Has estado a punto de insultarme! ¿Que hay más personal que eso?
-Tal y como os pasa a todos los que trabajáis en esto, tu imaginación se ha disparado.
-Supongo que habrá sido mi imaginación la que ha hecho que se me rompan las medias y me ha dislocado una muñeca, ¿verdad?
Damien se acercó y le tomó el brazo con delicadeza, como si fuera una muñeca de porcelana. -No tienes moretones -dijo soltándoselo. -Pero me duele mucho.
-Eres la reina del drama. No deberías dedicarte a la literatura sino a aparecer en los programas de testimonios.
Emily se puso en pie y se dirigió al ventanal de la cocina.
-¿Cómo quieres el café?
-Solo con... -se interrumpió al recordar que había dicho que no iba a tomar café-. No, no voy a tomar nada.
Damien sirvió dos tazas y le dio una.
-El azúcar está en la estantería que tienes detrás y las cucharas en el cajón que tienes delante. Emily percibió el„aroma del café recién hecho y se le hizo la boca agua. Llevaba despierta desde las cuatro de la mañana y no había desayunado. Damien se apoyó en la encimera y la miró mientras tomaba su café.
-Tengo descafeinado, si lo prefieres.
-Lo que me gustaría es que fueras sincero conmigo. ¿Para qué me has traído aquí? Desde luego, no me has traído a tu casa para invitarme a un café. -El café es un extra.
Emily puso los ojos en blanco.
-Vamos a dejarnos de tonterías y vayamos directamente al grano. ¿Qué quieres de mí?
Damien dejó la taza en la encimera y se acercó a ella.
-Ya te dije el otro día lo que quería de ti -contestó mirándola a los ojos.
Emily no pudo evitar mirarle la boca.
-No... No puedo hacer eso -dijo tragando saliva-. No puedo hacerlo.

-¿No puedes o no quieres?

Emily se pasó la lengua por los labios.

-Por favor, necesito escribir este libro y necesito que se venda bien. Tú trabajas en las finanzas, así que supongo que entiendes lo que te estoy diciendo.

Necesito dinero. Tengo que pagar la hipoteca... -Olvídate del libro y yo me haré cargo de eso. -¿Qué?

-Ya me has oído. Olvídate de escribir el libro y yo me haré cargo de tus deudas.

-¿No lo dirás en serio? Supongo que querrás algo a cambio.

-Por supuesto. -¿De qué se trata?

Damien hizo una pausa y Emily se dio cuenta de que no le iba a gustar lo que le iba a decir. -Quiero que te cases conmigo.

Emily se quedó con la boca abierta y sintió que los ojos se le salían de las órbitas.

-¿Es una broma de mal gusto? Damien se encogió de hombros.

-No es ninguna broma. Hablo en serio. Emily lo miró horrorizada.

-¿Estarías dispuesto a llegar tan lejos para que no escriba el libro?

Damien se volvió a encoger de hombros.

-Es mi última propuesta.

-¿Y tú me decías que me dedicara a los testimonios?

-Sería un matrimonio de conveniencia, sólo sobre el papel. En estos momentos de mi vida, necesito una mujer por motivos de impuestos y esas cosas.

-Me parece que hay mujeres desesperadas en Asia que necesitan un pasaporte australiano.

-Ya, pero he decidido que la agraciada seas tú.

-Vaya, me siento halagada, supongo -dijo Emily frunciendo el ceño-. Dime, ¿qué ha sido lo que te ha gustado de mí? ¿Mi belleza o mis palabras? ¿No habrá sido que me has visto la ropa interior cuando se me han roto las medias en el taxi?

Damien se rió de nuevo.

-He cambiado de opinión. Sería un desperdicio que te dedicaras a los testimonios. Lo que realmente te mereces es tener un programa para ti sola.

-Me alegro de que todo esto te parezca divertido, porque a mí no me lo parece. ¿Y qué le digo a mi agente y a mis editores?

-Que te vas a casar y que vas a posponer este libro unos meses.

-¿Unos meses?

-Unas semanas -accedió Damien-. ¿Quién sabe? Si te portas bien, puede incluso que te pueda concertar una entrevista con Rose.

Emily lo miró perpleja.

-¿Harías eso?

-Ya veríamos. Tomaré una decisión cuando estemos casados.

-En cualquier caso, sales ganando.

-Eso depende de cómo lo mires. Tú también puede sacar mucho provecho de ser mi esposa.

-Supongo que tienes razón -dijo Emily tomándose el café frío-. Todo depende de cómo lo mires.

Capítulo 5

DAMIEN observó la expresión de Emily mientras se terminaba estoicamente el café. -Si decides aceptar mi oferta, tendríamos que hablar de unas cuantas cosas.

-¿De qué? -quiso saber ella mirándolo con recelo.

-Un matrimonio de conveniencia es exactamente eso, a poder ser para ambas partes.

-¿De verdad? No sé por qué tengo la sensación de que en esta ocasión la conveniencia va más hacia un lado que hacia el otro.

-Piensa que, si rechazas mi oferta, podrías estar perdiendo la oportunidad de tu vida.

Emily lo miró burlona mientras se dirigía hacia la puerta.

-Me debes de tomar por tonta.

-Piénsalo, Emily -insistió Damien siguiéndola hasta la puerta principal-. No tendrías que volverte a preocupar por el dinero ni por los pagos de la hipoteca. Podrías dedicarte a la buena vida, a hacer lo que te gusta, a escribir lo que te dé la gana... sin presión.

-¿Y qué sacas tú de todo esto? -preguntó Emily intentando apartarse del calor de su cuerpo.

Damien la miró intensamente antes de contestar.

-El privilegio de tu encantadora compañía. ¿Qué más podría desear un hombre?

Emily intentó apartar la mano, pero Damien se lo impidió.

-No me acostaré contigo -anunció.

-Entonces, ¿aceptas? -sonrió Damien. -¡Por supuesto que no!

-Muy bien -dijo él riendo y abriéndole la puerta-.

Ya seguiremos hablando de esto dentro de unos días.

Emily no supo nada de Damien durante más de una semana y no sabía si sentirse aliviada o enfadada.

Para colmo, fueron unos días bastante malos. El dueño del restaurante en el que trabajaba le informó de que ya no iba a necesitar sus servicios y el banco la llamó dos veces para recordarle que debía pagar los gastos de la tarjeta de crédito y la hipoteca.

Jamás había necesitado tanto un anticipo, pero con el espectro de Damien Margate sobre su cabeza sabía que no lo iba a conseguir.

Se encontró pensando en él demasiado a menudo. Se dijo que era porque estaba aburrida, pero en el fondo sabía que era porque había algo en aquel hombre que la intrigaba.

¿Qué sacaba él casándose con ella? Desde luego, dada su precaria situación, para Emily era una oferta atractiva.

El timbre la sacó de sus pensamientos y al abrir la puerta se

encontró con el protagonista de ellos. Aquello la confundió. Se sentía amenazada y excitada a la vez. Era como estar al borde de un precipicio: un paso adelante y caería en la tentación, un paso atrás y se la comerían las deudas.

Su boca recordó de repente sus besos y sus piernas temblaron al recordar su erección.

-¿Te vas a quedar todo el día mirándome o me vas a invitar a pasar?

-Yo... -dijo abriendo la puerta para que entrara-. Estoy esperando a una persona -mintió para ocultar su confusión.

-¿A Danny?

-No.

-¿Ya le has encontrado sustituto?

-Eso no es asunto tuyo.

-No sé qué decirte. No me gustaría que mi mujer tuviera un amante.

-No he dicho que me vaya a casar contigo.

-La bancarrota es algo muy grave que puede tener repercusiones inesperadas -dijo Damien mirándola a los ojos.

-El matrimonio también -contestó Emily.

-Es cierto, pero me aseguraría de compensarte adecuadamente.

Emily esperaba, si se casaba con él, tener oportunidad de conocer a Rose y establecer una relación con ella que le diera la oportunidad ideal para documentar su vida.

Tal vez, con un poco de suerte, Rose Margate confiara en ella y decidiera darle permiso para escribir su biografía. Así, Damien no podría impedírselo. Merecía la pena intentarlo. Además, Damien le había asegurado que iba a ser un matrimonio única y exclusivamente sobre el papel.

No tenía nada que perder.

Tomó aire y lo miró a los ojos.

-No sé por qué quieres casarte con alguien que te detesta tanto.

-Ya te dije que me gustaba pelear.

-¿No te preocupa que pueda robarte el dinero y salir corriendo?

-Inténtalo, a ver hasta dónde llegas.

Emily sintió que el estómago le daba un vuelco. -Y... ¿me comprarás un pedrusco? Por cierto, no me gusta el oro. Siempre llevo plata.

-Mañana mismo te traigo el contrato de matrimonio -contestó Damien.

-¿El contrato? -dijo Emily sorprendida. Damien enarcó una ceja.

-No creerás que me voy a casar contigo sin firmar antes un

contrato prenupcial, ¿no? Estoy dispuesto a ser muy generoso con tus deudas actuales, pero lo que no voy a hacer es permitir que me arruines cuando nos divorciemos.

-Muy bien, a mí me da igual, pero sigo preguntándome qué sacas tú de todo esto.

-Ya te dije que necesito una esposa. Si tengo una que dependa de mí, pagaré menos impuestos y, de paso, tendré cierto control sobre lo que se escribe sobre mi familia.

-Por lo que dices, se sobreentiende que todo lo que escriba tendrá que pasar antes por tus manos.

-Exacto.

-No sé si me hace mucha gracia.

-¿No?

-No estoy acostumbrada a que me vigilen tan de cerca.

-¿No hacen eso tus editores? ¿No fue por eso por lo que fracasó tu segundo libro?

Emily odiaba hablar de aquel fracaso. Intentó contestar algo inteligente, pero se había quedado en blanco.

-Mi abogado se pondrá en contacto contigo -dijo Damien percibiendo su incomodidad-. ¿Prefieres casarte por la iglesia o por lo civil?

Emily se encogió de hombros, intentando apartar de su mente su romántico sueño de casarse en una playa.

-Me da lo mismo -contestó.

-Dentro de unos días, me pondré en contacto contigo para darte los detalles.

-Tómate de todo el tiempo que quieras. No tengo ninguna prisa.

Damien se rió.

-Por cierto, una última cosa. Quiero una habitación y un baño para mí sola. No me gusta compartir.

-No te preocupes, a mí tampoco. No me gusta compartir nada, así que olvídate de tener amiguitos.

-¿Pretendes que viva como una monja? -Mientras estemos casados, sí -contestó Damien.

-¿Y tú? ¿Tú también vas a vivir en celibato? Me gustaría saber qué le vas a decir a ella -dijo Emily pensando en la mujer con la que todo el mundo sabía que Damien mantenía una relación.

Damien la miró con intensidad y se acercó a ella. Emily dio un paso atrás y se chocó contra la pared, momento que él aprovechó para colocarle una mano a cada lado de la cabeza y besarla en la boca.

A Emily no le dio tiempo ni de reaccionar cuando él ya se había apartado y se había ido sin mirar atrás. Se pasó la lengua por los

labios y se acercó a la ventana para verlo marchar. Se dijo que era sólo para cerciorarse de que se iba de verdad. Al apartar la cortina, Damien se despidió de ella sacando la mano por la ventana.

Furiosa, Emily corrió la cortina y se dijo que estaba atrapada.

Tres días después, Emily salió del despacho del abogado de Damien acompañada por él. Acababa de firmar el contrato prenupcial y se sentía como si acabara de firmar su condena de muerte, por lo menos de su vida literaria.

Había intentado leer la letra pequeña atentamente, pero tener a Damien tan cerca la desconcentraba. Veía sus dedos bronceados cerca, sobre la mesa, y no podía dejar de imaginarse aquellos dedos en lugares de su cuerpo que la harían disfrutar.

Había terminado firmando el contrato con dedos temblorosos rezando para que él no se diera cuenta de lo mucho que la afectaba.

El día de la boda llegó muy rápido y encontró a Emily sumida en un estado de nerviosismo total.

Hacía tanto calor que las rosas del ramo estaban marchitas, el pelo sé le pegaba a la cara y el vestido también. Emily se sentía muy incómoda.

Se preguntó por qué todo aquello la molestaba tanto si, al fin y al cabo, aquella boda no era de verdad.

Lo cierto era que no tenía muy claro por qué había aceptado casarse con Damien. Se decía una y otra vez que había sido sólo por motivos financieros y por la esperanza de conocer a Rose en persona, pero había algo más.

Lo cierto era que no podía olvidar la boca de Damien, la pasión de sus besos ni el deseo que se apoderaba de ella siempre que lo tenía cerca.

«Lo odio», se recordó.

Y, aun así, allí estaba. A su lado, prometiendo lo mismo que él e intercambiando las alianzas de plata. Damien no la besó. Se limitó a tomarla de la mano y a conducirla fuera de la iglesia.

A Emily le pareció bastante irónico que el primero en besarla una vez casada fuera Danny.

-Enhorabuena -le deseo abrazándola con fuerza-. Estoy seguro de que vais a ser muy felices.

La celebración se le hizo a Emily interminable. Le dolía la cara de tanto sonreír falsamente. En realidad, ella quería darse un baño relajante y tomarse una buena taza de té, pero nadie parecía tener prisa por irse.

Por fin, todo terminó y la limusina los llevó a casa. Damien le abrió la puerta y esperó a que entrara. Emily dudó y, gracias a las dos

últimas copas que se había tomado, encontró valor para desafiarlo.

-¿No me vas a tomar en brazos?

-Puedes andar perfectamente -contestó él entrando-. Tus cosas están en la habitación verde -añadió quitándose la chaqueta y alejándose por el pasillo-. Buenas noches.

Emily se mordió el labio.

-Buenas noches -contestó a pesar de que él ya no la oía.

Esperó a oír cómo se cerraba la puerta para ir en busca de su habitación. Tras darse un baño, se metió en la cama y se quedó mirando el techo.

¿Por qué se había casado con un hombre que se había unido a ella para evitar que escribiera un libro sobre su tía? ¿Qué tipo de matrimonio era aquel?

Emily se incorporó en la cama. Tal vez, sus sospechas eran ciertas. Tal vez, Rose no era la tía de Damien sido su madre. Ahora que estaba casada con él, le sería mucho más fácil averiguarlo.

Estaba casada con Damien. Aquello hizo que sintiera un escalofrío por la espalda, pero no sabía qué emoción lo había provocado. Damien no le daba miedo. Tenía la capacidad de enfadarla y de excitarla, pero desde luego no le daba miedo.

Sabía que podía ser incluso tierno. Aquel mismo día, sin ir más lejos, lo había visto sostener en brazos a la hija de unos amigos mientras la niña, de quince meses, le deshacía la corbata con los dedos pringosos. Aquello lo había hecho reír y Emily se había preguntado...

Le dio un puñetazo a la almohada y, al hacerlo, la lámpara que había en la mesilla cayó al suelo. Alargó la mano a oscuras para recogerla y se cortó con la bombilla. Casi al mismo tiempo que sintió la sangre resbalándole por el dedo vio que se abría la puerta.

-¿Qué demonios ha pasado? -le preguntó Damien ataviado tan sólo con unos calzoncillos.

-Me he cortado -acertó a contestar Emily tapándose la herida con el camisón.

-¿Cómo?

-He intentado suicidarme, pero no me ha salido bien -contestó apretando los dientes.

-Eso no tiene gracia -dijo Damien acercándose-. A ver, enséñame la mano.

Emily obedeció y, cuando Damien le tomó la mano entre las suyas, sintió deseos de llorar. Se mordió los labios para no hacerlo.

-No te van a tener que dar puntos, pero será mejor que te lo cure. Ven al baño.

Damien se dio cuenta de que Emily se había encogido.

-¿Emily? Venga, no ha sido nada. Una venda y ya está.
Emily emitió un ligero sollozo.
-¿Emily? -repitió Damien acariciándole el hombro-. ¿Estás bien?
Emily estaba llorando a todo llorar. Damien se puso en cuclillas frente a ella y se miró en sus ojos azules.
-¿Quieres que te lleve al hospital? A lo mejor te has cortado el tendón o algo.
Emily lo apartó y se dirigió al baño. -¡No lloro por lo de la mano!
-Entonces, ¿por qué lloras? -dijo él siguiéndola.
-No estoy llorando -contestó Emily abriendo el grifo.
-No te preocupes por la lámpara, no era buena.
-¡Tampoco estoy llorando por la maldita lámpara! -exclamó Emily envolviéndose la mano en una toalla.
Damien sacudió la cabeza, la abrazó y le acarició la espalda.
-¿Te duele la mano? Emily negó con la cabeza.
-¿Me dejas verla para cercioramos de que no ha sido nada grave?
Emily asintió con la cabeza y apartó la toalla. Damien le miró la mano y le puso una venda. -Ya está -sonrió para animarla-. ¿Estás mejor? Emily asintió y se secó los ojos.
-Lo siento, siempre me pasa lo mismo en las bodas.
Aquello hizo reír a Damien. -Emily Sherwood, no tienes precio. Emily lo miró a los ojos.
-¿No me llamo ahora Margate? -contestó volviendo a llorar como una loca.
Damien cambió las sábanas de la cama de Emily, se fue de la habitación educadamente para que ella se cambiara de camisón y, al poco rato, volvió con una bandeja que contenía un vaso de leche caliente.
-Pareces una niña de diez años -le dijo sentándose en la cama.
-Me siento como si tuviera cien -contestó Emily.
-Con veintiséis años ya eres toda una escritora respetada -le dijo Damien dándole el vaso de leche.
-No te creas. Un libro que no se venda y adiós a todo.
-Tal vez, deberías elegir a tus protagonistas con más cuidado -le aconsejó Damien.
-Intento hacerlo.
-¿Qué tienes pensado escribir la próxima vez?
Emily dudó antes de contestar.
-Tal vez, un guión para una serie de televisión. Ganas mucho dinero y hay menos posibilidades de que te demanden.
-¿Por eso te has casado conmigo? ¿Para qué no te demandara? -preguntó Damien poniendo el vaso vacío en la bandeja.

Aquella pregunta la incomodó pues no tenía todavía claro por qué se había casado con él.

-Divorciarse es más o menos lo mismo que ir a juicio -contestó-. Mucho dinero cambia de manos y todo el mundo termina asqueado.

-¿Fue eso lo que les pasó a tus padres?

-Así son todos los divorcios, ¿no?

Damien se encogió de hombros.

-Puede que tengas razón, pero espero que si tú y yo nos divorciamos algún día no sea así.

-¿Por qué dices si? ¿No deberías decir más bien cuando?

Damien se puso en pie.

-Este matrimonio se terminará cuando y como yo decida.

-¿Y mi opinión no cuenta? -Depende.

-¿De qué? -Ya te lo diré.

-¿Qué tipo de contestación es esa?

-La única que vas a obtener de momento, así que sé buena y duérmete.

-¡Deja de tratarme como a una niña pequeña!

No soy tu hija, soy tu mujer.

Damien volvió a dejar la bandeja sobre la mesilla y se sentó en la cama de nuevo.

-¿Detecto cierto sentimiento en tu voz, mi amor? -No soy tu amor.

-No, tienes razón, no lo eres, pero eres mi mujer.

-En realidad... no lo soy. Sólo soy tu mujer sobre el papel.

Damien le acarició la cara y su mirada se deslizó hasta su escote.

-Eres una mujer sobre el papel muy tentadora -dijo acercándose a su boca. -Por favor... -dijo Emily rezando para que no se le notara que estaba deseando que la tocara.

-¿Las mujeres sobre el papel no dan las buenas noches a sus maridos con un beso? -le dijo acariciándole el labio inferior con el pulgar. -Yo...

-Buenas noches, Emily -dijo él besándola delicadamente en la boca antes de levantarse, recoger la bandeja y salir de su habitación.

Capítulo 6

AQUELLA noche, Emily no pudo dormir bien.

Cuando bajó, se encontró a Damien leyendo el periódico, fresco y guapo, vestido con un

traje oscuro, camisa azul y corbata a juego. -Buenos días -la saludó-. ¿Has dormido bien? -No -contestó Emily irritada. -¿Sueles desayunar?

Emily se fijó en el cuenco de muesli casero que estaba tomando él.

-Sí, lo mismo que tú -contestó.

Intentó servirse los cereales, pero con la mano vendada no podía. Damien se levantó y acudió en su ayuda.

-Salimos en el periódico -le dijo.

Emily no estaba muy segura de si quería ver aquello, pero a Damien le dio igual y le puso la prensa delante de todas formas.

-Estoy gorda.

-Estás preciosa -dijo él chasqueando la lengua. Emily se dedicó a juguetear con los cereales. -¿Qué te pasa? Espero que no sea que ya te has arrepentido de haberte casado conmigo.

-No, no es eso. Sólo estaba pensando.

-¿En qué?

Emily jugueteó con una pasa antes de mirarlo.

-¿Por qué no vino tu tía Rose a la boda?

Damien la miró con, severidad .

-Me estaba preguntando cuánto ibas a tardar en sacar el tema.

-¿Por qué te pones así?

-Creía que ibas a tardar unos días, incluso tal vez una semana o dos, en hacer tu próximo movimiento.

-¿De qué hablas? ¿Qué movimiento? -dijo Emily sorprendida.

Damien se puso en pie enfadado.

-Por eso te has casado conmigo, ¿verdad?

Emily tragó saliva y no dijo nada.

-Una entrevista con Rose sería la guinda del pastel, ¿no?

-Yo...

-No te molestes en negarlo... se te ve en la cara. Ya te dije que Rose está fuera de tu alcance. El hecho de que estés casada conmigo no te da ningún privilegio especial a la hora de entrevistarla.

-Ya veo, ya.

-¿Qué pasa? ¿No te gusta el acuerdo al que hemos llegado? Si es así, nos podemos divorciar inmediatamente y puedes empezar a encargarte de nuevo de tu hipoteca y de las deudas de tu tarjeta de crédito, por no hablar del juicio que te voy a poner en cuanto te pongas a escribir.

Emily sintió un profundo frío en el pecho.

-Te odio -le dijo con amargura.

-No me importa que me odies. Puedo soportarlo. Ódiame todo lo que quieras... -le dijo agarrándola de la muñeca.

-¡Suéltame! ¡Me haces daño! -exclamó intentando zafarse de sus manos.

-No tientes a la suerte, Emily -le advirtió Damien-. Estoy dispuesto a ser razonable, así que no me hagas arrepentirme de querer ayudarte.

-¿Ayudarme? ¿Me he perdido algo? ¡Ah, ya lo entiendo! Te has casado conmigo para ayudarme. Me alegro mucho de haberlo averiguado.

-El sarcasmo no te va bien.

-Por lo visto, el matrimonio tampoco -le espetó Emily.

-Estoy seguro de que la bancarrota tampoco, así que será mejor que lo intentemos.

¡Prefiero morirme de hambre que pasar otro día contigo!

-Te estás comportando como una chiquilla, Emily. Haz el favor de crecer.

Aquello estaba yendo demasiado deprisa. Emily no había dormido bien y sus emociones parecían estar en una montaña rusa, por no hablar de la horrible boda que había protagonizado y de la herida de la mano.

Bajó la cabeza y estalló en lágrimas.

-Oh, Emily -dijo Damien abrazándola-. He sido un bruto. Perdona. Venga, vamos... no llores. Prefiero verte enfadada que llorando.

Pero Emily continuó llorando y Damien la abrazó con más fuerza. Metió la cara entre su pelo y la dejó desahogarse. Sus cuerpos se acoplaron perfectamente. Los pechos de Emily estaban pegados a su torso y Damien sentía los pezones a través de la blusa de seda. Inmediatamente, su pantalón se tensó en la entrepierna y se le entrecortó la respiración.

-Lo siento -se disculpó Emily-. Si no duermo bien, soy un desastre.

-Soy yo el que te pido disculpas -contestó Damien-. Te propongo un alto el fuego. A ver si conseguimos no discutir en lo que queda de día.

Emily asintió y se secó los ojos con la manga.

-Me siento como una idiota, no suelo llorar nunca.

-Siento mucho tener ese efecto sobre ti -comentó Damien.

Emily lo miró a los ojos y se dio cuenta de que no había dejado de abrazarla. Sentía los músculos de sus muslos contra las piernas y la inequívoca presión de su masculinidad en el bajo vientre.

-Emily -le dijo él mirándola con deseo-, no sé si es una buena idea.

-¿El qué?

Sus cuerpos volvieron a encontrarse y volvió a sentir su erección.

-Ah, eso -sonrió Emily.

-Sí, eso -contestó Damien.

Se miraron durante una milésima de segundo a los ojos antes de que sus labios se besaran. La lengua de Damien entró en su boca y Emily se apretó contra él.

-Esto es una locura -dijo Damien.

Emily le desabrochó la camisa y la corbata con dedos temblorosos. Damien tenía un pecho suave y musculoso.

Por su parte, él deslizó las manos bajo su camiseta y fue en busca de su sujetador. Tomó sus pechos en las palmas de las manos haciéndola emitir un grito de satisfacción y su boca fue en busca de sus pezones endurecidos.

Cuando Damien sintió las manos de Emily en su cinturón, no pudo evitar dar un respingo pues la necesidad de aquella mujer lo había sobresaltado.

La urgencia de la boca y de las manos de Damien fue preludio de lo inevitable. Emily se dio cuenta de que no había marcha atrás. Le había bajado los pantalones de deporte hasta los tobillos y él tenía los suyos por las rodillas mientras buscaba con los dedos su humedad.

-¡Sí, oh, sí! -exclamó Emily frotándose contra su mano mientras él la tumbaba sobre la mesa y reemplazaba los dedos con su miembro haciéndola gritar de placer.

Emily le rodeó la cintura con las piernas y se dio cuenta de que le había hecho perder el control. Aquello la llenó de satisfacción.

Se dio cuenta de que Damien estaba intentando aguantar para satisfacerla antes de dejarse ir. Sintió la desesperación de sus dedos mientras localizaban su clítoris para llevarla hasta el éxtasis sin dejar de penetrarla una y otra vez.

Cuando alcanzó el orgasmo, para no gritar, le mordió el hombro y le arañó la espalda. Él la siguió poco después gimiendo de placer. Emily lo abrazó para prolongar aquella maravillosa sensación, pero él se apartó rápidamente.

-Esto no debería haber ocurrido -dijo subiéndose los pantalones sin mirarla a los ojos.

-¿No te ha gustado? -contestó ella imprimiendo un tono de promiscuidad a sus palabras cuando no se sentía así en absoluto.

Se subió los pantalones y se peinó como si acabara de volver de una carrera alrededor de la manzana.

-A ti parece que sí -contestó-. Me has dejado la espalda hecha polvo.

-Bueno, ya sabes, lo que dicen: si no te quieres quemar… no te

acerques a la cocina -contestó Emily volviéndose a sentar ante su cuenco de cereales.

Damien frunció el ceño mientras se ponía la camisa.

-Que tengas un buen día en la oficina -le deseó Emily tomándose los cereales.

Damien recogió la corbata del suelo y se la puso. Las cosas no estaban saliendo como las había planeado. Emily se traía algo entre manos, estaba seguro.

-Luego te llamo -se despidió yendo hacia el baño.

Unos minutos después, Emily lo oyó salir de casa. Suspiró aliviada ante la posibilidad de pasar el resto del día sola .

Aprovechó la mañana para explorar la casa de Damien. Recorrió todas las habitaciones para familiarizarse con ella, en busca de datos sobre el misterioso hombre con el que se había casado.

Era una casa preciosa, pero desde luego no era un hogar. No parecía una casa muy vivida. Se notaba que algunas de las habitaciones no habían sido utilizadas jamás porque olían a cerradas, así que Emily fue abriendo las ventanas para que se ventilaran.

Sin embargo, no entró en el dormitorio de Damien. Al pasar ante su puerta, no pudo evitar sentir un calorcillo en la tripa al recordar el apasionado encuentro de aquella mañana.

El jardín era una versión exterior del interior de la casa. También era precioso, pero frío.

Emily se sentó en una hamaca junto a la piscina y metió los pies en el agua mientras observaba los círculos que se formaban en la superficie.

Ahora, era una mujer casada. Ya no debía preocuparse por su situación financiera, pero tenía otras preocupaciones en mente y todas relacionadas con Damien.

No le era fácil saber qué sentía por él. A veces, creía odiarlo, pero otras se encontraba pensando en él y recordando su sonrisa y sus abrazos.

No lo entendía, no sabía por qué se había casado con ella, pero lo que estaba claro era que quería a su tía Rose y estaba dispuesto hacer lo que fuera para protegerla.

¡Ojalá algún día la quisiera igual a ella!

Emily volvió a entrar en la casa y salió poco después a dar una vuelta por el barrio. Fue a las cafeterías y a las tiendas y compró enormes ramos de flores y el último éxito de ventas... una pena que no fuera suyo...

Volvió a casa y colocó flores en todas las habitaciones.

-Así está mucho mejor -dijo en voz alta.

Eligió una colección de música clásica y la puso en el equipo de alta fidelidad del salón. Subió el volumen, cerró los ojos y se quedó escuchando en medio de la estancia: Estaba tan concentrada en la melodía que no oyó llegar a Damien.

De repente, sintió su presencia y abrió los ojos.

-Yo... estaba escuchando música -dijo ruborizada.

-Tú y todo el vecindario -contestó él bajando el volumen.

-Me gusta escucharla alta -se defendió Emily.

-Ya la subirás cuando dejes de gritarme. Ahora, quiero hablar contigo.

-Yo no grito.

-No hables antes de tiempo. Sólo llevamos casados un día.

Emily se giró en busca de otro CD.

-Emily, mírame.

Emily puso los ojos en blanco y se giró hacia él.

-Dime.

-Supongo que no tendrás ganas de hablar de lo que ha pasado esta mañana entre nosotros, pero debemos hablar sobre ello.

-¿Y de qué quieres que hablemos? Ha sido sólo sexo.

-Tanto cinismo por parte de una mujer tan joven me deja atónito, pero en cualquier caso incluso los que practicáis «sólo sexo» tomaréis precauciones, ¿verdad?

-¿Por qué dices eso? -dijo Emily enarcando una ceja.

-¿Estás tomando la píldora?

Emily apartó la mirada y recogió un pétalo que se había caído de uno de los jarrones.

-Por supuesto que estoy tomando la píldora -contestó-. Y, para que lo sepas, no tengo ninguna enfermedad contagiosa, así que puedes respirar tranquilo.

-Me alegro. Sin embargo, no lo digo sólo por ti. Ha sido un error imperdonable por mi parte no utilizar un preservativo. Reconozco que la situación me ha pillado por sorpresa.

-¿Quieres que deje preservativos en todas las habitaciones por si nos vuelve a suceder?

-No va a volver a suceder -contestó Damien-. No debe suceder. ¿Entendido?

-¿Y ahora resulta que ha sido culpa mía? ¡Qué típico de los hombres! No has sabido controlarte y ahora me lo echas en cara.

-Me has provocado...

-¡Pero si llevaba puesto un chándal, por favor! -protestó Emily enfadada.

-¡Tú estás guapa hasta con una bolsa de basura! -gritó Damien.

-Será mejor que subas la música -le aconsejó Emily-. Estás gritando.

-No estoy gritando... -se defendió Damien apretando los dientes y bajando la voz-. Eres tan irritante que harías gritar a un mudo. En cualquier caso, he salido hoy antes del trabajo para pedirte perdón...

-Has salido hoy antes del trabajo para quitarte el muerto de encima -le espetó Emily-. No te preocupes, no pienso demandarte por paternidad. No sería tan irresponsable como para contribuir a la continuidad de tu raza.

-Como ya te dije en una ocasión, me encanta cómo hablas.

-¿Ah, sí? Tú tampoco lo haces mal.

-¿Y todas esas flores? ¿Quién se ha muerto?

-Está casa es como un mausoleo, así que he pensado que necesitaba un poco de color.

-Supongo que tienes razón. Yo no paso mucho tiempo en casa y no me había dado cuenta.

Se hizo el silencio.

-¿Te apetece que salgamos a cenar? -propuso Damien por fin.

-No tengo hambre.

-Venga, Emily. Anímate. Odio comer solo y hay un estupendo restaurante tailandés cerca de aquí.

Emily flaqueó. ¿Qué daño podría hacerle pasar una velada con él? No tenía nada que perder. De hecho, tenía mucho que ganar. ¿Y si le contara algo de Rose? ¿Y si pudiera averiguar dónde vivía actualmente?

Veinte minutos después, bajó las escaleras y se reunió con él en el vestíbulo. Llevaba puestos unos preciosos pantalones grises estrechos que le quedaban de maravilla y se había dejado el pelo suelto de manera que los rizos dorados le enmarcaban el rostro.

-Me he quedado sin bolsas de la basura -bromeó sintiendo sus ojos sobre ella.

-Vamos, bicho. Me he debido de volver loco para mezclarme contigo -contestó él chasqueando la lengua.

Emily no dijo nada. Estaba intentando averiguar por qué se había casado con él. Vivía en su casa y llevaba su apellido mientras la investigación sobre su próximo libro permanecía sin tocar. Aquello no tenía sentido. Lo que menos sentido tenía era su traicionero corazón.

Capítulo 7

CUANDO llegaron, el restaurante estaba lleno, pero el maître les encontró una tranquila mesa en un rincón. -Háblame de tu familia -le dijo Damien después de hacer la comanda.

-Ya te dije que mis padres murieron -contestó Emily.

-Sí, pero también me dijiste que tenías dos hermanos.

-¿Qué pasa? -dijo Emily frunciendo el ceño-. ¿Estás pensando en dejar las finanzas y en dedicarte a escribir una biografía sobre mi familia?

-Te pones a la defensiva por una pregunta muy sencilla.

-Qué gracioso que digas tú eso -le espetó Emily-. Si quieres, te doy las direcciones y los números de teléfono de mis hermanos, que ya es mucho más de lo que has hecho tú por mí.

-¿Ya estamos otra vez con eso? Veo que no has olvidado tu intención de entrevistar a Rose. ¿Lo de esta mañana también ha sido por eso?

A Emily le entraron ganas de tirarle la copa de vino a la cara, pero se contuvo y se puso a jugar con el arroz que le habían servido. Se le había quitado el apetito.

-Prueba el curry verde -le dijo Damien-. Dicen que es el mejor de la ciudad.

Pero Emily no lo probó.

-Emily, por favor, no me fastidies la cena.

-Estoy enfadada y cuando estoy enfadada no tengo hambre.

-No era mi intención que te enfadaras, simplemente quería entablar conversación. Como haría cualquier marido, me gustaría saber cosas sobre la familia de mi mujer.

-Lo mismo digo.

Damien la miró con dureza y ella aguantó la mirada.

-No me gusta hablar de mi familia. Es algo que no le incumbe a nadie más que a mí.

-Si quieres que te diga la verdad, la única razón por la que me interesa tu entorno familiar es para averiguar por qué demonios eres tan canalla -contestó Damien tomando la copa de vino entre sus manos.

Emily se puso en pie sin importarle que los demás comensales se giraran hacia ella y salió del restaurante sin mirar atrás.

Damien la alcanzó en la esquina.

-Está bien -dijo agarrándola del brazo-, ya me he dado cuenta de que este tema no te gusta. Te prometo que no volveré hablar de él.

Emily intentó zafarse de él sin éxito.

-Si no me sueltas, me pongo a gritar -lo amenazó abriendo la boca.

Pero antes de que le diera tiempo de emitir grito alguno, los labios de Damien se la cerraron. En un abrir y cerrar de ojos, sus cuerpos se acoplaron y sus lenguas iniciaron una danza frenética.

Damien la apoyó contra el muro de un jardín y se apretó contra ella mientras le acariciaba los pechos por encima de la blusa.

Emily sentía ya su erección cuando, de repente, Damien se apartó con la respiración entrecortada.

-No digas nada -le dijo poniéndole un dedo sobre los labios al ver que Emily iba a protestar.

La tomó del brazo y la condujo al coche. Una vez dentro, apenas habló. Se limitó a conducir enfadado, apretando el "volante con fuerza.

-¿Puedo hablar ya o no? -preguntó Emily al llegar a casa.

-Lo haces adrede, ¿verdad? -dijo él mirándola con dureza.

-¿A qué te refieres?

Damien apretó los dientes para no perder el control.

-Se te da muy bien pasar de hacerte la víctima herida a la sirena seductora en un segundo.

-No sé de qué me hablas.

-Sé perfectamente lo que te propones y admito que me tienta la posibilidad de aceptarlo, pero eso sería ponerme completamente en tus manos.

Emily lo miró atónita.

-Me parece que me he perdido algo importante.

¿Podrías rebobinar hasta eso que has dicho de que estoy guapa incluso con una bolsa de basura? -¿Lo ves? Lo estás haciendo otra vez.

-¿Qué es lo que estoy haciendo?

-Da igual -contestó Damien girándose y metiéndose las manos los bolsillos-. De todas formas, me voy unos días de viaje.

-¿Y cuándo vuelves?

-No lo sé -contestó él-. En dos o tres días. -¿No sabes exactamente cuándo vas a volver?

Creí que los hombres de negocios erais más precisos.

-Empiezas a sonar como una mujer celosa -comentó Damien en tono irónico.

-Me importa muy poco que me engañes cuando estés por ahí. Te puedo asegurar que voy a estar demasiado ocupada planeando mi propio engaño.

-Ten cuidado, Emily -le advirtió Damien-. No olvides las condiciones de nuestro contrato.

-¿Te importaría recordármelas, por favor? Me parece que se me han olvidado.

-No juegues conmigo. Sabes perfectamente cuáles son las condiciones. Si hablas con la prensa más de lo debido o intentas buscar a mi tía a mis espaldas, el sistema legal caerá sobre ti con toda dureza.

Emily levantó el mentón en actitud desafiante.

-¿Y qué van a decir tus abogados cuando se enteren de que tú has incumplido tu parte del contrato acostándote conmigo?

-Intenta demostrarlo -rió Damien-. Sería tu palabra contra la mía y no hace falta que te diga a quién iban a creer.

-Pues no creo que tú tengas muy buena reputación en lo que a mujeres se refiere, ¿sabes? Por cierto, ¿qué tal está la señora Janssen?

Damien la miró enfurecido.

-Ten mucho cuidado, Emily. Hablar por hablar se puede volver en tu contra.

-¿Estás enamorado de ella o es sólo sexo?

-No voy a contestar a eso.

-¿Por qué?

-Porque no es asunto tuyo.

-Sí, lo cierto es que me importa muy poco -dijo Emily encogiéndose de hombros-. Lo único que te pido es que no vengas a darme a mí la lata cuando ella no esté disponible.

-Menudo comentario tan horrible. Además, tú también tienes un bonito récord de relaciones con hombres casados. ¿Qué hizo Raife Norton-Floyd para encandilarte?

-Prefiero no seguir hablando de esto -contestó Emily sonrojándose.

-Eres bastante incoherente, ¿lo sabes? Llevas toda la noche metiéndote conmigo, pero no te gusta que yo haga lo mismo, ¿verdad?

-No quiero hablar de esto porque tú ya tienes una imagen formada sobre mí y nada de lo que yo diga va hacer que la cambies.

-Puedes intentarlo -la desafío Damien-. Dime que no te liaste con Norton-Floyd para conseguir información sobre la fraudulenta trama financiera en la que estaba involucrado. Dime que lo que tuviste con mi hermano no fue para conseguir fotografías y datos sobre mi tía.

Emily no pudo contestar. La había pillado con la guardia bajada. Cuando había iniciado la relación con Raife, era joven e ingenua y en cuanto a Danny había sido imposible no sentirse atraída por él porque se encontraba sola y él era encantador. Era cierto que lo había utilizado, pero él a ella también, ¿no?

-El que calla otorga -dijo Damien.

Emily le dio la espalda y se mordió la lengua para no perder el control.

-¿No vas a decir nada? Emily fue hacia la puerta.

-¿Ni siquiera me vas a dar las buenas noches? Emily se giró hacia él.

-No -contestó-. En realidad, espero que tengas una noche espantosa, que no puedas dormir y que mañana estés destrozado y que...

Aquello hizo reír a Damien y Emily ya no pudo más. Cruzó la habitación hacia él y se le encaró. -¡No te rías de mí! -le dijo dándole con el dedo índice en el pecho.

Damien la agarró de la mano y, cuando Emily intentó arañarlo para que la soltara, le tomó ambas manos entre las suyas y se las puso encima de la cabeza.

Emily tenía la espalda contra la pared y a Damien delante de ella. Estaba furiosa y el pechó le subía y le bajaba.

-¡Suéltame, canalla!

-Me encanta cuando hablas así -se burló Damien.

-No te va a gustar tanto cuando hable con la prensa y les diga que te has casado conmigo para ocultar la relación que mantienes con la señora Janssen.

-¿Crees que por eso me he casado contigo? -¿No es así?

-Ya te dije que me quería casar contigo para impedir que escribieras `ese libro.

-No sólo querías controlar lo del libro, también querías controlarme a mí.

-Eso no es tan fácil. Ni siquiera tú sabes controlarte, así que no creo que sea fácil que te controle otra persona.

-¡Me pongo así porque tú me haces perder el control!

-¿Ah, sí? -dijo Damien mirándole los pechos. -No me refería a eso.

-¿No?

-¡Por supuesto que no!

-¿Y lo de esta mañana entonces? -Eso... eso ha sido... un accidente.

-¿Un accidente?

-Ha sido culpa tuya -lo acusó Emily-. Tú has empezado.

-Y tú podrías haberlo parado en cualquier momento y no lo has hecho. Me pregunto por qué, Emily.

-Te aseguro que solamente ha sido atracción animal.

-¿Entonces admites, que te sientes atraída por mí?

-No.

-No, claro que no -se rió Damien.

-Te odio y te desprecio.

-Pero accediste a casarte conmigo.

-Obviamente, porque tu oferta era demasiado tentadora. Si el hombre elefante se hubiera ofrecido a pagar mi tarjeta de crédito, me

habría casado con él, pero tú llegaste primero.

-Ya veo. Entonces, ahora, estás en deuda conmigo.

-Yo no lo veo así -contestó Emily mojándose los labios.

Damien le soltó las manos y la agarró de la cintura.

-Sé una buena chica mientras yo esté fuera -le dijo.

Emily no contestó. Le faltaba el aliento al tenerlo tan cerca.

-Dame un beso de despedida -le dijo él acercándose.

Emily quería resistirse, pero no pudo.

Una vez más, fue él quien se apartó y dio por finalizado el beso.

-Buenas noches, Emily -sonrió.

Emily se estiró la ropa y se pasó los dedos por el pelo.

-Buenas noches.

Damien se giró y se fue, dejándola a solas con la vista de la bahía y el tic tac del reloj que había sobre la chimenea.

Capítulo 8

AL DÍA siguiente, Emily no lo oyó irse. Mientras desayunaba, se preguntó por qué no se sentía aliviada ante su ausencia. Al fin y al cabo, seguro que él no la echaba de menos.

Debería sentirse avergonzada por haberse acostado con él, pero lo cierto era que se sentía orgullosa. Orgullosa de haber roto el control de un hombre como Damien Margate.

Quería que se repitiera, pero sabía que no sería así porque Damien no quería una relación física con ella. Se había casado con ella única y exclusivamente para proteger a su tía.

Lo cierto era que debería odiarlo, pero no era así. Vivir bajo el mismo techo que él, comer con él y conversar con él hacía que lo viera desde un punto de vista nuevo. Era un hombre inteligente, bueno y compasivo... aunque muy introvertido.

Demasiado.

Emily se preguntó por qué tenía tanto interés Damien en proteger a su tía. ¿Sería por sus supuestos problemas con el alcohol o habría algo más?

Aquella tarde, Emily salió a dar un paseo porque la casa se le caía encima. Tras deambular por el barrio residencial en el que ahora vivía, se encontró pensando irremediablemente en Damien.

Iba tan concentrada en sus elucubraciones que no se dio cuenta y tropezó con una señora mayor que tenía delante.

La mujer, que resultó llamarse señora McCrae y ser una vecina, era una amable anciana que la invitó a tomar el té siempre que quisiera.

Dos días después, fue Danny quien fue a visitarla.

-¡Danny! ¿Qué haces aquí?

-Es la casa de mi hermano -contestó Danny besándola en la boca-. Ya sabes, cuando el gato no está...

Emily se echó a un lado con el ceño fruncido.

-No sé si a tu hermano le haría mucha gracia eso que acabas de decir. ¿Y Louise?

Danny se encogió de hombros.

-Ha ido a ver a su madre.

-Claro, cuando el gato no está... -dijo Emily.

-Venga, Em, apiádate de mí. ¿Por qué no salimos a tomar una copa y a charlar un rato? Se supone que somos amigos, ¿no?

-Eres mi cuñado -puntualizó Emily mientras Danny iba hacia el mueble bar del salón.

-Mejor me lo pones -dijo él tomando la botella de whisky-. A mi hermano no le importará. Al fin y al cabo, está acostumbrado. Ya sabes lo de Linda Janssen...

Aquello irritó a Emily sobremanera. Que pronunciara su nombre en la misma frase que el de la amante de su marido la hacía sentirse utilizada y barata.

-¿No te estarás enamorando de él? -dijo Danny al ver que ella no decía nada.

-¡Por supuesto que no! -contestó Emily sonrojándose-. Sabes perfectamente por qué me casé con él.

-Por supuesto, querida, por su dinero -rió Danny.

-Yo no diría eso -contestó Emily.

-¿Y qué dirías, entonces?

Emily se giró sorprendida al oír la voz de Damien desde la puerta.

-¡Damien! -exclamó.

Damien enarcó una ceja de manera irónica.

-¿Te sorprendes de verme? Qué emocionante -le dijo girándose hacia su hermano-. ¿A qué has venido aparte de a ver a mi mujer?

Danny se tomó el whisky de un trago.

-Como estabas fuera, he venido a ver a mi cuñada, pero ya que has vuelto me gustaría hablar contigo -contestó-. En privado.

Emily fue hacia la puerta dispuesta a abandonar la estancia. ¿Por qué no se había dado cuenta antes de cómo era Danny en realidad? No era un tipo de fiar.

-¿Qué quieres esta vez? -oyó que Damien le decía mientras ella cerraba la puerta-. ¿Dinero?

Aunque no le faltaron ganas de quedarse escuchando la conversación, Emily no lo hizo. Volvió a la cocina y se preparó una tostada con queso.

A los pocos minutos, oyó la puerta principal que se cerraba y los pasos de Damien que se encaminaban hacia donde ella estaba.

-No quiero que estés nunca a solas con mi hermano -le espetó al entrar.

-¿Y eso? ¿No te fías de él o no te fías de mí?

-No me fío ni de mí mismo cuando estoy contigo -contestó de Damien acercándose peligrosamente-, así que comprenderás que no me fíe absolutamente de nadie.

-¿Me vas a encerrar? -consiguió preguntar Emily.

-No -contestó Damien mirándola a los ojos-. Tengo otros planes para ti.

-¿Me vas a torturar?

Damien sonrió malévolo haciéndola estremecerse.

-Depende -contestó.

-¿De qué?

-De esto -dijo él besándola.

«Sí, me va a torturar», pensó Emily.

Efectivamente, era una tortura estar entre sus brazos sabiendo que no le importaba un bledo a aquel hombre. De alguna manera, llegaron hasta el salón, donde se tumbaron en el sofá.

Ante sus besos y bajo sus caricias, Emily se encontró perdida. En breves segundos, ambos estaban medio desnudos. Emily no podía hacer nada para resistirse a él.

Damien le acarició los pechos y le acarició los pezones con dedos expertos formando círculos con el pulgar hasta hacerla jadear. Cuando estaba a punto de gritar de placer, se introdujo en su cuerpo de manera tan exquisita que la hizo estremecerse.

Emily le rodeó la cintura con las piernas y arqueó la espalda para sentirlo todavía más dentro.

Con cada movimiento de Damien, Emily se encontraba más cerca del éxtasis. Su grito de placer cuando lo alcanzó llenó la habitación. Lo abrazó mientras su cuerpo todavía experimentaba las últimas sacudidas y lo sintió estremecerse a los pocos segundos.

Estuvieron un rato sin moverse y sin hablar. Emily permaneció con los ojos cerrados y sin dejar de abrazarlo.

-Emily, esto no debería haber ocurrido.

-No pasa nada -le aseguró ella.

-Claro que pasa. Esto no estaba contemplado en el contrato.

-Por favor, Damien... -dijo ella levantándose del sofá-. No pasa nada. Sólo ha sido sexo.

-Gracias -dijo él con resentimiento.

-Sexo muy bueno -aclaró Emily riéndose.

-A mí también me lo ha parecido -contestó Damien.

-¿Has cenado?

-No, ya sabes que la comida de los aviones no es buena.

-No sé si las tostadas con queso van a ser mucho mejor -sonrió Emily.

-Tus ojos adquieren un brillo especial cuando sonríes -dijo Damien sonriendo también-. Deberías hacerlo más a menudo.

Emily se sonrojó y desvió la mirada. -¿Qué te pasa?

-Nada, sólo que me has recordado a una persona.

-¿A quién?

-A tu vecina la escocesa, la señora McCrae. -No sé quién es -contestó Damien-. ¿Qué quería Danny? -añadió sirviendo dos copas y pasándole una Emily.

-No me lo ha dicho.

-Estabais demasiado ocupados hablando de por qué te has casado conmigo.

-En absoluto.

-En todo caso, insisto en que no quiero que lo veas.

-No te llevas bien con él, ¿verdad? -No me fío de Danny y no me fío de ti.

Emily sintió una punzada de dolor ante aquellas palabras, pero logró disimularla.

-Creí que los hermanos no hablaban así el uno del otro.

-A veces, Danny no se comporta como si fuéramos hermanos -contestó Damien.

-¿Qué tal tu viaje? -preguntó Emily para cambiar de tema.

-Más o menos como siempre -contestó poniéndose la corbata-. ¿Y tú?

-Bloqueada.

-¿No puedes escribir? Emily negó con la cabeza. -¿Y qué haces en estos casos?

-Comer mucho chocolate y, a veces, cuando estoy realmente desesperada paso al vino.

-¿Tinto o blanco?

-Tinto -contestó Emily-. Ese que luego te deja al día siguiente un bonito dolor de cabeza.

Damien sonrió y sacó de un armario una botella de vino español que Emily supuso que le debía de haber costado más de lo que ella había pagado por su primer coche.

-No sé si estoy tan desesperada, pero desde luego la oferta es tentadora -sonrió.

-Bien -sonrió Damien descorchando la botella y sirviendo el líquido rojo en dos preciosas copas de delicado cristal.

-Brindemos -propuso.

-¿Por qué? ¿Por nuestro matrimonio sólo sobre el papel?

-Ya no lo es, ¿verdad? -dijo Damien probando el vino.

Emily lo probó también antes de contestar.

-Yo creo que nuestro matrimonio no es un matrimonio. No nos conocemos de nada. Tú no sabes nada de mí y yo no sé nada de ti.

-Sé lo que te hace gozar -le recordó él.

Emily se sonrojó.

-El sexo está muy bien, pero no constituye una relación satisfactoria en sí y menos un matrimonio.

-Pero es importante. Una relación no puede funcionar si no hay química -dijo Damien tomando un poco más de vino.

-¿Qué quieres de mí, Damien? Estoy un poco confundida. Cuando firmamos el contrato, creí que quedaba claro que nuestra relación iba a ser puramente platónica.

Damien dejó la copa de vino sobre la mesa y la miró a los ojos.

-No era mi intención acostarme contigo...

-¡No te has acostado conmigo! Te limitas a arrancarme la ropa y a poseerme siempre que te viene en gana, pero no hemos dormido juntos una sola noche.

-¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres dormir conmigo y que nuestro matrimonio sea de verdad?

Emily se mordió el labio y dio un buen trago al vino. ¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo se había atrevido a pedir la luna?

-No -contestó con determinación-. Quiero que cumplamos las normas.

-Muy bien. A partir de ahora, te prometo que no te voy a tocar. A cambio, quiero que llames a tu agente y le digas que no vas a escribir ese libro ni ahora ni nunca.

-Yo creía que...

-No. Si escribes alguna vez ese libro, te demandaré.

-¿Me demandarías a pesar de que soy tu mujer? -¿Por eso te casaste conmigo? -dijo Damien mirándola con dureza-. Te puedo asegurar que no dejaré que arrastres el nombre de mi tía por el fango. Te demandaré aunque seas mi esposa. Emily se quedó sin palabras. -No me puedo creer que seas tan... -¿Tan qué?

-Tan... inhumano.

-¿Quién es aquí el inhumano? Te recuerdo que eres tú la que quiere escribir un montón de mentiras sobre una frágil anciana que nunca ha tenido la oportunidad de ser feliz.

Emily se sintió culpable de repente.

-Dime una cosa Emily. ¿Te has parado alguna vez a considerar las consecuencias que tienen los libros que escribes? -Yo...

-Por supuesto, la respuesta es no -la interrumpió Damien-. Tú te limitas a escribir y escribir y cuanto más escandaloso sea lo que escribes más ventas, ¿verdad?

Emily no podía decir nada pues Damien tenía razón.

-Llámala ahora mismo -le ordenó pasándole el teléfono-. Dile a tu agente que te lo has pensado mejor, dile lo que quieras, pero te advierto que si no lo haces hablaré con mis abogados mañana mismo.

Emily agarró el teléfono con manos temblorosas.

-No me volverán a encargar otro libro -dijo desesperada-. Adiós a mi carrera.

-Yo me haré cargo de ti económicamente le aseguró Damien.

Emily marcó el número de Clarice y le saltó el contestador. Ante sí tenía a Damien, cruzado de brazos con decisión, como si no fuera la suya la carrera literaria que estaba destrozando.

Tras dejar el mensaje en el contestador, Emily le devolvió el teléfono.

-¿Contento?

-Cuando conozcas a mi tía, no te arrepentirás de haber hecho lo que acabas de hacer -contestó tomando la copa de vino de nuevo.

-Así que me la vas a presentar. Debo de haberme portado mejor de lo que yo creía.

-Me voy a preparar algo de cenar -dijo Damien-. ¿Quieres algo?

-No, gracias, no tengo hambre -contestó Emily.

Damien suspiró y salió en dirección a la cocina. Una vez a solas, -Emily apoyó la cara entre las manos y se preguntó cómo se había metido en semejante lío.

Capítulo 9

DAMIEN volvió con una bandeja que contenía dos tortillas francesas y las dejó en la mesa que había frente al sofá.

-¿Esperas a alguien para cenar? -preguntó Emily.

-No, la he hecho para ti por si tenías hambre -contestó Damien pasándole uno de los platos.

-Te he dicho que no quería nada.

-Emily, tienes que comer. No quiero que digan que no te alimento bien.

Emily aceptó el plato y probó la tortilla. Al hacerlo, se dio cuenta de que tenía más hambre de la que creía.

A los pocos minutos, el plato estaba vacío.

-Ponen una película muy buena en el otro canal -comentó Damien-. ¿O prefieres ver el documental de las cuatro?

-Me da igual, elige tú -contestó Emily.

Damien hizo zaping mientras Emily no podía dejar de recordar una y otra vez lo que habían hecho en aquel mismo sofá hacía un rato.

Cerró los ojos y deseó poder pensar en otra cosa.

Al cabo de un rato, se despertó con la cabeza apoyada en el regazo de Damien, que estaba acariciándole el pelo.

-Lo siento, me he quedado dormida -se disculpó incorporándose.

-Al menos, ahora puedes decir que has dormido conmigo -dijo él apagando el televisor.

-¿Ha habido final feliz? -¿Te refieres a la película? Emily asintió. -Más o menos.

-No eres muy romántico, ¿eh? -¿Por qué dices eso? Emily se encogió de hombros. -Una corazonada.

-Te aseguro, Emily, que tengo mis sentimientos.

-Yo no he dicho que no los tengas.

-Pero no te gusto, ¿verdad?

Emily se mordió el labio ante aquella pregunta que la había tomado por sorpresa.

-¿Se supone que me tienes que gustar?

-Al menos, me gustaría pensar que me respetas. -El respeto hay que ganárselo.

-Veo que tengo mucho camino por recorrer-comentó Damien con sequedad.

Emily no dijo nada y él comenzó a acariciarle el pelo de nuevo.

-¿Qué voy a hacer contigo?

Emily tragó saliva.

-Cuando no me gritas ni me insultas, eres una mujer realmente dulce -añadió Damien en un susurro-. Te has quedado dormida sobre

mi regazo como una niña pequeña.

-Sí, seguro que te he babeado los pantalones -contestó Emily intentando bromear pues aquello se estaba poniendo demasiado serio.

-No sé si te has dado cuenta de que, aunque tú te empeñas en decir que no te gusto, tu cuerpo reacciona de manera completamente contraria -le dijo.

-No sé de qué me hablas.

Damien le acarició el labio inferior con el pulgar.

-No quieres, pero te sientes atraída por mí, ¿verdad?

Emily se sentía acorralada.

-Eres rico y poderoso -contestó-. Supongo que muchas mujeres te encontrarán atractivo, pero es una atracción pasajera que no dura mucho.

-Pareces muy segura de ello -observó Damien retirando la mano.

-Efectivamente, lo estoy. Como mucho, un mes y medio. Después de ese tiempo, llega la aburrida rutina.

-¿Quieres que apostemos? -la desafío Damien. -¿Qué?

-A ver si tu teoría es cierta. Te desafío a que te comportes durante el próximo mes y medio como mi mujer de verdad.

-¿Te refieres a que te lave los platos y te planche las camisas? ¡Olvídalo! Tengo cosas mucho mejores que hacer.

-No, sabes perfectamente que no me refiero a eso. Me refiero a que duermas conmigo, a que seas mi amante y mi compañera, no sólo sobre el papel sino en la vida real.

-¡No lo dirás en serio! -exclamó Emily poniéndose en pie y paseándose nerviosa por la habitación.

-Por supuesto que lo digo en serio. Te apuesto lo que quieras a que cuando haya pasado ese mes y medio no estarás aburrida.

-¿Y si lo estoy? ¿Qué pasa si pierdes la apuesta?

-No la voy a perder -contestó Damien muy seguro de sí mismo-, pero si al final del mes y medio te quieres ir no te lo impediré.

-¿Me estás diciendo que me podría divorciar?

-Si así lo estimas oportuno.

-Por supuesto que me parecerá oportuno. No creo que a ti te apetezca pasarte el resto de tu vida atado a mí.

-No adelantemos acontecimientos. De momento, vamos a ver qué tal nos va durante un mes y medio. En cuanto al futuro, ¿quién sabe?

Emily se mordió el labio. Aquello se le estaba yendo de las manos. Al principio, había creído que lo único que estaba en juego era su libro, pero ahora temía que también fuera su corazón.

-No pienso cocinar ni limpiar -le advirtió-. Y, además, quiero dormir en el lado derecho de la cama.

-¿Algo más?

Emily se preguntó si debería decirle que hacía meses que no tomaba la píldora.

-Sí, una cosa más -contestó-. Desde ahora, quiero que utilices preservativos.

-Como tú quieras, pero te aseguro que durante este tiempo te voy a ser fiel. -Insisto.

-Muy bien, pero, ¿tú también me vas a ser fiel? -Por supuesto -contestó Emily. Damien se puso en pie y fue hacia ella.

-Si eres infiel, lo pagarás. ¿Te das cuenta de ello?

-Me doy cuenta de que quieres hacerme sufrir todo lo que puedas y no vas a dejar pasar la más mínima oportunidad de hacerlo -contestó con valentía.

-Cada día tienes peor opinión de mí. No sé qué va a pasar dentro de un mes y medio.

-Pues yo sí. Seguiré odiándote y detestándote. Su risa irónica la irritó sobremanera.

-¿Estás segura de eso, cariño? -le dijo levantándole el mentón con un dedo.

-Te encantaría que cayera enamorada a tus pies, ¿verdad? Pues te aseguro que eso no va a suceder. Tienes todo lo que odio en un hombre. Eres arrogante, controlador y tienes un ego del tamaño de un país entero.

-Tú tampoco eres mi mujer ideal -contestó Damien-. Eres promiscua, dispuesta a hacer cualquier cosa por una buena historia. Ya lo has demostrado liándote con Danny y luego accediendo a casarte conmigo porque te pareció que a través de mí podrías llegar más directamente a Rose. Pero el plan te ha fallado, ¿verdad?

-La idea de casarnos fue tuya.

-Pero a ti te vino muy bien, ¿eh? No sabía hasta dónde ibas a llegar, pero vendiste tu alma por dinero y hoy mismo te he oído confesarlo a Danny.

-No pienso desperdiciar saliva respondiéndote.

En aquel momento, sonó el teléfono y Damien contestó.

-Es para ti -le dijo.

Emily agarró el auricular.

-¿Sí?

-¿Qué demonios es eso de que no vas escribir el libro? -gritó Clarice-. ¡No puedes hacer eso!

Emily tomó aire.

-La decisión está tomada.

-¡Emily, no hablarás en serio! ¿Es un golpe de efecto para

conseguir más publicidad? Lo de casarte con su sobrino ha sido maravilloso, todo el mundo está esperando ese libro. No puedes dejar a la gente tirada.

-No tengo más remedio.

-¿Quién dice eso? Es la oportunidad de oro que habíamos estado esperando. No me hagas esto.

-Clarice, lo siento, pero no voy a escribir ese libro.

-Muy bien, entonces, ya no soy tu agente. No quiero caer contigo.

-Clarice, lo siento, pero...

-¿Lo sientes? La que lo siente soy yo por haberme apiadado de ti después del lío de Norton Floyd. Supongo que los millones de Margate te habrán dejado con la boca abierta, ¿verdad? Nunca pensé que te fueras a vender tan barata.

Emily hizo una mueca cuando Clarice le colgó el teléfono.

Damien le puso una mano en el hombro.

-Te ha costado hacerlo, lo sé, pero te aseguro que es lo mejor.

-¿Para quién? ¿Para ti? -Para Rose.

Emily se secó las lágrimas de humillación. -Después de esto, nadie querrá ser mi agente

-se lamentó.

-Eso no es cierto. Puedes cambiar de dirección, escribir sobre otras cosas -la animó Damien.

-Así dicho, parece fácil, pero no lo es. -¿Qué hacías antes de dedicarte a escribir? -Era periodista.

-¿Y qué te llevó a querer escribir sobre mi tía?

Emily se sentó y aceptó la copa de vino que Damien le ofrecía.

-No estoy segura. Supongo que fue el misterio que la envuelve. Una mujer que tenía el mundo a sus pies y que de repente desaparece sin explicaciones.

-Así lo quiso ella.

-Lo sé, pero no tiene sentido. ¿Por qué darle la espalda a la fama?

-Tiene sus razones. La fama no es tan buena como parece. Muchos famosos están muy solos.

Emily dio un trago al vino y sopesó aquellas palabras.

-Mucha gente, tú misma, creéis que Rose es alcohólica, pero no es así.

-Si diera una entrevista, una sola, ese rumor desaparecería y...

-No -la interrumpió Damien-. No lo permitiré.

-¿Y qué dice ella?

-Hablo con Rose casi todos los días y sé lo que quiere.

Emily se puso en pie y dejó la copa sobre la mesa.

-Me voy a la cama -dijo cortante-. Estoy cansada.

-Ahora subo -contestó Damien. Emily dudó.

-¿Quieres que...?

-Sí -dijo él mirándola a los ojos.

Emily salió del salón muy nerviosa. ¿Qué había hecho? ¿Iba a vivir un mes y medio de placer a cambio de qué? ¿De destrozarse el corazón?

Se metió en la cama y al poco rato subió Damien.

Emily se puso a recordar su vida. Desde luego, no había sido un camino de rosas.

Su padre los había abandonado cuando ella tenía cuatro años y su madre, que jamás encajó bien el golpe, lo había pagado con sus hermanos y con ella y, a raíz de aquello, había tenido varios maridos más.

Emily empezó a comprender que se había casado con Damien por eso, porque necesitaba que alguien la quisiera.

Se había precipitado y lo peor era que no sabía cómo decirle a Damien que sospechaba que podía estar embarazada.

Sintió náuseas.

-¿Te importaría dejar de moverte? -dijo Damien sacándola de sus recuerdos.

Acto seguido, la abrazó por detrás.

-¿Mejor?

Emily asintió.

Lo cierto era que se sentía mucho mejor entre sus brazos. ¿Por qué empeñarse en pedir la luna cuando tenía el paraíso allí mismo aunque sólo fuera durante un mes y medio? Había gente que jamás conocía el amor.

Sí, el amor. Era absurdo negárselo a sí misma. Se había enamorado de Damien aunque no sabía muy bien cuándo.

Tal vez, aquella noche en la que había intentado ahorrarle el sufrimiento de ir sola a la entrega de premios porque Danny la había dejado plantada o, tal vez, la noche de bodas en la que le había curado la mano con ternura o, tal vez, cuando la abrazaba y la hacía sentirse segura.

Capítulo 10

CUANDO Emily se despertó, Damien no estaba. Le había dejado una nota en la almohada. Emily se incorporó y la leyó.

Emily, tengo una reunión muy temprano con unos delegados de la empresa que acaban de llegar. Hay una cena esta noche y me gustaría que vinieras conmigo. Pasaré a recogerte a las siete.

Ni rastro del cariño y de la pasión que habían compartido el día anterior. ¡Qué tonta! ¿Qué esperaba? ¿Una declaración de amor? Se levantó con lágrimas en los ojos, pero en ese momento sonó el teléfono y tuvo que contenerlas para poder contestar.

-¿Emily? Soy Maisie McCrae.

-¿Qué tal está usted, señora McCrae? -contestó Emily intentando disimular su sorpresa-. Iba a ir a verla un día de estos, pero...

-Por favor, llámame Maisie -dijo la anciana-. Te llamaba para ver si tenías algo que hacer hoy.

-No, nada -contestó Emily-. Tengo una cena a las siete, pero estoy libre el resto del día.

-¿Una cena romántica?

-No, de trabajo. -Pareces decepcionada. Emily no supo qué contestar.

-Bueno, en cualquier caso no te he llamado para hablar de tu marido. Te he llamado para ver si podrías venir a verme.

-Claro que sí -contestó Emily pensando en el largo y vacío día que tenía ante sí-. Iré encantada.

Maisie la recibió ataviada con un traje de chaqueta azul oscuro que parecía más cómodo que de diseño. Llevaba el pelo canoso recogido con un lazo y no se había maquillado. Al ver el precioso ramo de flores que Emily le había llevado, ahogó un grito de sorpresa encantada.

-Muchas gracias -dijo oliendo las flores-. Hacía años que no me regalaban un ramo. Siéntate mientras yo preparo té.

Emily la siguió hasta el salón, desde donde había una espectacular vista sobre la bahía.

-¡Esto es precioso! -exclamó Emily acercándose a la ventana.

-Me pasó horas ahí sentada -contestó Maisie-. Si no tuviera una vista tan maravillosa, quizás no me habría convertido en una ermitaña.

-¿De verdad que es una ermitaña?

-Mucha gente me describiría así -contestó Maisie pasándole una taza de té-. Incluso creo que algunos llegarían a decir que tengo agorafobia, pero no es así. Si tengo que salir, salgo, pero lo hago sólo si es absolutamente necesario. No me gusta que la gente me mire

como si fuera un bicho raro.

Emily se dio cuenta de que Maisie tenía los capilares de la mano rotos.

-¿Se ha dado un golpe? -le preguntó amablemente.

-No, tengo Parkinson -contestó Maisie.

-Lo siento mucho -dijo Emily mirándola a los ojos-. Debe de ser difícil para usted.

-Me las apaño, pero ya basta de hablar de mí.

¿Tú a qué te dedicas? ¿Sigues trabajando ahora que te has casado? Supongo que no tendrás que hacerlo siendo tu marido tan rico.

-Antes era escritora. -¿Ya no?

-Mi agente me ha dejado porque he tenido problemas con mi último proyecto.

-Cuéntamelo.

Emily dudó, pero al final acabó confesando. -Quería escribir una biografía sobre... una persona famosa, pero uno de sus familiares me frenó. -¿De verdad?

-Me amenazó con demandarme. No podía arriesgarme a eso pues, además, tenía muchas deudas con el banco, así que elegí el camino fácil. -¿Cuál era el camino fácil? -Aceptar un soborno -contestó. -¿Generoso?

-Supongo que para algunos sí.

-Pero para ti no, ¿verdad?

Emily dejó la taza sobre la mesa.

-Yo ya no sé qué pensar -contestó-. A veces, me parece que... el familiar tenía razón. Debe de ser muy duro estar en el ojo público constantemente. La persona sobre la que iba a escribir decidió por motivos que desconozco desaparecer. Supongo que tenía derecho a hacerlo, pero no entiendo cómo puede una celebridad darle la espalda a la gente que la ha admirado y que la ha puesto en un pedestal durante tanto tiempo.

Maisie se tomó el té pensativa.

-Es difícil hacerlo, pero supongo que depende de las prioridades de cada uno. No es fácil, pero debemos entender a los demás, intentar comprenderlos. Si esa persona ha decidido retirarse del mundo sus razones tendrá.

-Sí, yo también lo creo -contestó Emily-, pero me gustaría conocerla en persona.

-¿Me estás hablando de la tía de tu marido?

Emily se quedó atónita ante la percepción de Maisie.

-Sí -admitió.

-Seguro que a ella también le gustará conocerte.

-No sé...

-Dale tiempo. Llevas casada muy poco, las cosas ya cambiarán.

-Eso espero.

-No eres feliz, ¿verdad?

Emily se revolvió incómoda.

-A veces, me cuesta mucho serlo. -¿Quieres a tu marido? -Sí.

Maisie parecía satisfecha con aquella contestación y. le pasó una fuente de pastas. Emily aceptó una y, mientras la mordisqueaba distraída, pensó en lo que acababa de decir. Lo cierto era que echaba terriblemente de menos a Damien.

-Pareces confundida, Emily.

-Estoy un poco nerviosa -admitió Emily-. Creo que mi marido tiene una relación con otra mujer.

Maisie dejó su taza sobre la mesa con una mano temblorosa.

-¿Cómo has llegado a esa conclusión?

-Me lo han dicho.

-No puedes creer todo lo que te dicen. Tienes que aprender a confiar en él.

-No sé qué hacer -dijo Emily desesperada-. No quería a nadie desde los cuatro años. ¿Qué debo hacer?

Maisie le tomó la mano y la miró a los ojos. -Dile a tu marido cómo te sientes. -No puedo hacerlo.

-¿Porqué? -Porque no...

-Sé tú misma -le aconsejó Maisie tras un largo silencio-. Seguro que él también te quiere. Muéstrate ante él tal y como eres.

A Emily se le nubló la vista por las lágrimas. ¿Cómo era posible que Maisie McCrae viera, a través de ella con tanta nitidez? ¿Cómo era posible que aquella anciana se hubiera dado cuenta de que su actitud de «todo me da igual» no era más que un escudo protector?

Emily rebuscó en su bolso en busca de un pañuelo, pero Maisie fue más rápida y le dio uno de papel.

-Gracias.

-Llorar estar muy bien, así te desahogas. Yo he llorado mucho a lo largo de mi vida.

-¿Te verdad?

-Mucho -contestó Maisie-. He llorado por todo lo que quería hacer y no he hecho y por algunas cosas que he hecho y no quería hacer.

-¿Qué es de lo que más se arrepiente? -quiso saber Emily intentando recuperar el control.

-Ojalá no me hubiera enamorado del hombre equivocado -contestó Maisie tras un largo silencio.

-¿Su marido?

-Me temo que no.

-Ah.

-La vida a veces no sale como queremos. Cuando menos nos lo esperamos, da un giro inesperado.

-Sí, lo sé.

-¿Y tu familia?

-Mi padre nos dejó cuando yo tenía cuatro años...

-¿Y?

-Mi madre se casó cuatro veces más. Cada marido era peor que el anterior.

-¿Y?

-Y los odiaba a todos.

-¿Porqué?

-Porque no me querían por mí misma.

-Eso es muy importante para ti, ¿verdad, Emily? -Sí.

-A pesar de todos los años que han pasado, para ti sigue siendo importante lo que la gente piensa de ti.

-Supongo que como para todo el mundo.

-Sólo la gente muy insegura se preocupa por lo que los demás piensen. A aquellos que son verdaderamente felices les importa muy poco.

Emily estaba maravillándose ante la sensibilidad y la sabiduría de aquella mujer.

-Te voy a contar una cosa -dijo Maisie.

Emily se secó las últimas lágrimas y miró a la anciana a los ojos.

-No me llamo Maisie McCrae -dijo sin rastro de su acento escocés-. Soy la tía de Damien, Rose Margate -añadió quitándose la peluca gris y dejando al descubierto una melena de rizos oscuros.

Emily se quedó mirándola con la boca abierta.

-Quería estar segura de que podía confiar en ti antes de decírtelo.

-Lo cierto-era que me resultaba usted familiar -dijo Emily sin salir de su asombro-. ¿Sabe que ve usted cosas que los demás no vemos?

-Yo sólo he visto lo que tú me has dejado ver -contestó Rose-. He visto lo que deberías haberle mostrado a mi sobrino hace tiempo.

-Es demasiado tarde -contestó Emily con el corazón destrozado.

-Hay ciertas cosas de Damien que deberías saber. Damien no es hermano de Danny. Su padre, mi hermano Donald, tuvo una relación extramatrimonial. Damien nació de esa relación y como Cora no podía tener hijos accedió a criarlo. Poco después, se quedó embarazada de Danny. Tengo razones para creer que Danny no es hijo de mi hermano pues mi cuñada estaba enfadada con su esposo y aquello fue una especie de venganza.

-¡Dios mío! -exclamó Emily.

¡Con razón Damien no quería que metiera las narices en su familia! Emily sintió lástima por él inmediatamente pues entendió que su infancia debía de haber sido tan dura como la suya.

-¿Lo sabe Danny?

-No -contestó Rose.

-¿Y sabe Damien quién es su madre?

-No, no ha querido investigar. Sobre todo, después de que yo dejara el teatro de forma repentina. Lo hice cuando mi enfermedad comenzó a hacerse visible. No quería que la gente comentara lo mucho que me había deteriorado. No podría haberlo soportado.

-Lo siento mucho. No debería haber escrito nada sobre usted.

-No pasa nada, querida. He estado mucho tiempo viviendo en el campo, en una casa de Damien, pero me apetecía mudarme a la ciudad de nuevo. Te pido que no le digas a nadie mi secreto. Ni siquiera le digas a Damien que has estado conmigo.

-¿Por qué?

-Porque quiero darle más tiempo para que te conozca.

Tras abandonar la casa de Rose, Emily se dirigió al centro para comprarse un vestido para la cena y pasar por la peluquería.

Estaba realmente impresionada por las dotes interpretativas de la tía de Damien. Desde luego, la había engañado estupendamente.

Volvió a casa alrededor de las seis y Damien la estaba esperando con un humor de perros.

-¿Dónde demonios has estado? -ladró en cuanto cerró la puerta.

-He salido de compras -contestó Emily dejando las bolsas en el suelo.

-¿Has estado todo el día de compras?

Emily lo miró sorprendida.

-Te llevo llamando desde las diez de la mañana. Creía que te había pasado algo.

-No te preocupes, estoy sana y a salvo.

-Deberías haberme llamado.

-¿A qué número? Sólo he estado en tu oficina una vez y no tengo ningún número al que llamarte.

-Lo siento -se disculpó Damien pasándose los dedos por el pelo-. Tienes razón -añadió dándole una tarjeta de visita.

Emily se quedó mirándola con cara de pocos amigos y se la guardó en el bolso.

-Muchas gracias. Ahora, cuando quiera consejo financiero, ya sé a quién llamar -dijo dirigiéndose a las escaleras.

-Emily.

Emily se giró hacia él, con su preciosa cabellera del color de la miel cayéndole en cascada sobre los hombros.

-No, nada. Te espero en el salón.

Emily se volvió a girar y subió las escaleras.

Cuarenta minutos después, bajó ataviada con un vestido negro de tirantes estrechos que realzaba la elegancia de sus hombros y la generosa curva de sus pechos. Se había recogido el pelo y le caían algunos mechones por el cuello.

-Estás preciosa -le dijo Damien sinceramente.

-Gracias.

Damien le abrió la puerta sin dejar de mirarla. El trayecto en el coche discurrió en silencio y, al llegar al restaurante, le abrió la puerta del coche y la tomó del brazo.

-Cada tres meses más o menos los socios de otros estados se reúnen y aprovechan para que sus cónyuges se conozcan. Espero que no te aburras demasiado.

-Claro que no -contestó Emily.

-¡Damien! -exclamó un hombre saliendo de un coche junto a una mujer-. Y supongo que esta es tu encantadora esposa -añadió estrechándole la mano a Emily con tanta fuerza que hizo que se le escaparan unos cuantos mechones más del moño.

-Cariño -dijo Damien agarrándola de los hombros con ternura-, te presento a Hugo Brand y a su mujer, Jeanne. Esta es Emily.

Jeanne le estrechó la mano con frialdad mientras Hugo la miraba con admiración.

-Nunca pensé que te fueras a casar -sonrió-. Ya verás cuando tengas un par de críos corriendo entre los pies.

Emily intentó no sonrojarse, pero por suerte Damien estaba mirando en otra dirección. Emily siguió sus ojos y vio que otra pareja se acercaba a ellos. El hombre, alto y rubio, era muy guapo y ella tampoco estaba nada mal pues tenía cuerpo de modelo.

-Damien -lo saludó ella besándolo en ambas mejillas-. Estás impresionante.

-Linda, Damien es ahora un hombre casado -dijo su marido chasqueando la lengua.

-Andre y Linda Janssen, os presento a Emily, mi esposa -dijo Damien.

Así que aquella era la señora Janssen. Emily logró sonreír y estrecharle la mano sin que se le notara que estaba destrozada por dentro. Tenía ante sí a la amante de Damien. Desde luego, no lo parecía. Estaba pendiente de su marido y parecía adorarlo.

La velada discurrió en un ambiente distendido, la comida fue

maravillosa y la conversación no decayó.

Cuando terminaron de cenar, Damien la tomó de la mano.

-Nos vamos a ir, cariño -dijo mirándola-. Estás para meterte en la cama ahora mismo.

-¡Damien! -lo reprendió Linda-. La vas a hacer sonrojarse.

Emily sonrió como si no pasara nada, pero decidió decirle un par de palabras a su marido cuando estuvieron a solas.

Salieron todos del restaurante, se despidieron en la calle y Emily y Damien avanzaron hacia el Jaguar de él.

-¿Te ha gustado la comida? -le preguntó Damien abriendo el coche-. No has comido mucho.

-No tenía mucha hambre -contestó Emily subiéndose al coche.

-No sé si Hugo te ha caído muy bien. Espero que no te haya estropeado la noche.

-No ha sido Hugo el que me la ha estropeado.

Damien puso el coche en marcha y se mezcló con el tráfico. Emily esperaba que le preguntara qué era lo que le había estropeado la velada, pero Damien permanecía en silencio.

-¿No me lo vas a preguntar? -le dijo ella por fin.

-¿Qué te tengo que preguntar?

-¡Que porque estoy enfadada!

-Sé perfectamente por qué estás enfadada. Sé perfectamente que pasar la noche conmigo te parece un espanto.

-Lo que en realidad me parece un espanto es tener que pasar la noche sentada enfrente de tu amante.

-Veo que sigues creyendo que Linda y yo somos amantes. ¿No te has dado cuenta de que el hombre que estaba sentada a su lado es su marido?

-Eso no significa nada. Tú estabas sentado a mi lado y eso no ha impedido que Linda coqueteara contigo continuamente.

-No digas tonterías -dijo Damien impaciente.

-Dime que no tienes una relación especial con ella.

-No pienso seguir hablando de esto. No te estás mostrando racional y me estoy enfadando.

-¡Me alegro! Voy a ver a Damien Margate explotar. Esto va a ser divertido.

-Ten cuidado, Emily -le advirtió él-. Puede que no te gusten las consecuencias.

En cuanto llegaron a casa, Emily se bajó del coche. Damien la llamó, pero ella no le hizo caso. Al llegar a la puerta, sin embargo, se dio cuenta de que no tenía llaves.

Damien se la abrió.

-No vuelvas a hablar así de Linda Janssen.

Emily levantó el mentón en actitud desafiante. -¿Por qué? ¿Te hace sentir culpable? -No quiero tener que repetírtelo. -¿Y qué vas hacer? ¿Me vas a llevar a juicio? -No, te voy a llevar a la cama.

Capítulo 11

DEBERÍA haberse resistido a él, pero no pudo.

En cuanto sus bocas se rozaron, Emily supo que estaba perdida.

Las manos de Damien pronto encontraron sus pechos y sus pulgares juguetearon con sus pezones endurecidos hasta hacerla jadear de placer.

Cuando creía que la iba a poseer allí mismo, en la entrada, Damien la tomó en brazos, la llevó a su dormitorio y la depositó sobre la cama.

Emily le quitó la camisa con manos apresuradas y le desabrochó los pantalones. Sin ningún tipo de vergüenza, le palpó la bragueta.

-Hay preservativos en el cajón. Ponme uno -le dijo él mirándola con deseo.

Emily se tomó su tiempo, disfrutando del poder que le confería tocarlo de manera tan sensible y hacerlo gemir. En cuanto le hubo colocado el preservativo, Damien se tumbó sobre ella y le separó las piernas.

-Dime que me deseas -le ordenó.

-Te deseo -contestó ella mirándolo a los ojos.

Damien le levantó el vestido y le apartó las braguitas. Acto seguido, su lengua encontró el punto más íntimo de su cuerpo.

-Oh, Dios - suspiró Emily sintiendo un placer tan intenso que casi le dolía.

Damien se introdujo en su cuerpo de una sola embestida y gimió de placer.

-Me encanta -dijo.

Al poco tiempo, ambos alcanzaron el clímax a la vez. Damien se tumbó sobre la cama y se tapó los ojos con el brazo mientras Emily se levantaba y se metía en el baño.

Allí, se duchó y se lavó los dientes. Se tomó su tiempo con la esperanza de que Damien se hubiera quedado dormido para cuando ella saliera. Se sentía avergonzada por su reacción, por la pasión con la que lo había tomado.

Cuando salió del baño, se lo encontró sentado en la cama con la espalda apoyada en las almohadas.

-¿Ya te has quitado el olor a mí? -bromeó mientras hojeaba un libro.

-Estás en mi lado de la cama -contestó ella tensa.

-¿De verdad?

-Lo sabes perfectamente. Lo haces adrede para fastidiarme.

-¿Por qué no vienes y me echas? Sería divertido.

-Me parece que ya te has divertido bastante por hoy. Venga,

quítate.

-Tú también te has divertido, ¿no? No lo niegues, me he asegurado de que así fuera. Emily se sonrojó de pies a cabeza.

-No te avergüences. No tienes nada de lo que avergonzarte. Entre tú y yo, hay química. ¿Quién sabe? Puede que incluso me aguantes seis meses más.

-Jamás sobreviviría tanto tiempo. Antes, me suicidaría.

Aquello hizo reír a Damien.

-Tú siempre tan dramática -bromeó-. Venga, métete en la cama y duerme. Tienes cara de estar cansada.

Emily apretó los puños y apartó las sábanas. Se tumbó e intentó mantenerse lo más distanciada de él posible.

-Ven aquí, quiero darte un beso de buenas noches.

Emily no se giró.

Damien le acarició el trasero y se colocó detrás de ella abrazándola de la cintura como si fueran dos cucharadas en un cajón.

Escapar era imposible.

Emily lo oyó suspirar mientras se apretaba contra ella. Aquello la tranquilizó pues no era solamente ella la que se derretía con sus caricias. Él también disfrutaba y eso la enorgullecía.

Con aquel pensamiento, se quedó dormida entre sus brazos.

Las siguientes tres semanas pasaron rápidamente, los días cargados de tranquilidad y las noches de pasión.

Damien se solía ir a trabajar antes de que ella si hubiera levantado y, cuando volvía, ella lo esperaba vestida para cenar. A veces cenaban en casa y otras salían a algún restaurante.

En aquellos días, visitó a Rose varias veces. Cada vez le resultaba más difícil que Damien no se diera cuenta. Lo cierto era que estaba bastante nerviosa porque, además, no estaba acostumbrada a no hacer nada.

-¿Qué vas a hacer hoy? -le preguntó Damien el viernes antes de irse a trabajar.

-Nada, absolutamente nada -le espetó Emily.

-¿Por qué no vienes a comer conmigo? Así, te enseño las oficinas y te presento a mi gente.

-Quizás.

-Ven sobre las doce.

-Ya veremos.

-Como quieras -dijo Damien dándole un beso de despedida-. Me tengo que ir. Sé buena.

Emily se giró y se tapó la cabeza con la sábana.

Oyó el coche de Damien que se alejaba y, en aquel momento, la

náusea se apoderó de ella y apenas consiguió llegar al baño.

Allí, vomitó durante un rato, se lavó la cara y volvió la cama. Al cabo de un rato, cuando ya estaba recuperada, se levantó y se miró en el espejo.

-¿Qué voy hacer? -se preguntó desesperada.

Emily se quedó mirando la prueba que confirmaba que estaba embarazada. Presa del pánico, había corrido a la farmacia para comprar una prueba de embarazo y sí, efectivamente, iba a tener un hijo.

El hijo de Damien.

Necesitada contárselo a alguien de confianza. Pensó en llamar a Rose, pero decidió no hacerlo en el último momento. Eran amigas, pero no quería cargarla con sus problemas.

Tendría que sobreponerse ella sola. No podía contárselo a Damien. Pensó en divorciarse de él sin decirle nada y seguir con su vida.

Estuvo dos horas paseando, pensando en su dilema. La brisa la tranquilizó y comprendió que debía empezar a cuidarse. Adiós a las comidas basura y a no hacer ejercicio.

Miró el reloj y vio que eran casi las doce. No se había llevado el teléfono móvil, pero sabía dónde era la oficina de su marido y decidió ir en persona.

Desde la otra acera, lo vio inclinado sobre la ventanilla de un coche deportivo. Emily comprobó horrorizada que la conductora de aquel Mercedes no era otra sino Linda Janssen.

Tras besarlo, Damien se incorporó y la despidió con la mano. Emily se -giró y corrió en dirección opuesta. Estuvo a punto de caerse, pero consiguió avanzar a buen paso hasta subirse en el primer autobús que vio.

El autobús se paró ante un centro comercial y Emily se bajó. Se pasó la tarde deambulando por los pasillos, tomando cafés y zumos. Estaba sentada en un local cuando alguien se acercó a ella. -¡Emily! -exclamó Danny Margate sentándose

frente a ella-. ¿Qué haces por aquí?

-Estoy... de compras -contestó Emily sorprendida.

Dan y se fijó en que no llevaba bolsas.

-No has encontrado nada que te gustara, ¿eh? -No estoy de humor para comprarme nada. -¿Qué tal está Damien? ¿Te mantiene ocupada? A Emily le desagradó su tono insolente. -Está bien.

-No pareces muy contenta de verme -observó

Danny-. Pues te diré que tengo algo muy especial que sé que vas a querer tener.

-¿De qué se trata? -De un diario. -¿De quién? -De Rose.

Emily lo miró atónita.

-¿Estás dispuesto a darme el diario de tu tía? -A cambio de algo.

-Claro.

-Si no lo quieres, sé de alguien que sí lo va a querer.

-¿Quién?

-Marsha Montford.

Emily conocía a aquella escritora. Ella también escribía biografías, pero mucho más escandalosas que las suyas. Imaginarse a Damien y a su tía en las garras de aquella mujer la hizo estremecerse.

-¿Cuánto quieres?

-¿Cuánto estás dispuesta a pagar?

-Tengo que pensármelo -contestó Emily-. Te llamo el lunes.

-Muy bien -dijo Danny triunfante-. Ahora vivo en Bondi -añadió dándole una tarjeta de visita-. Pásate por allí el lunes a las dos.

Emily aceptó la tarjeta sintiendo un inmenso asco.

Danny se alejó y se perdió entre la multitud mientras Emily miraba su tarjeta preguntándose si le podría pasar algo peor aquel día.

Pues sí.

Al llegar a casa, Damien la estaba esperando. -¿Dónde has estado?

-Por ahí -contestó Emily.

-No parece que estés de muy buen humor. «¿Será porque estoy embarazada, porque te he visto con tu amante o porque he descubierto que tu hermano es un canalla que vendería a su madre por un dólar?», pensó Emily con sarcasmo.

-Sí, es que he vuelto en autobús y había mucho tráfico. Me duele mucho la cabeza y me he hecho una ampolla con el zapato

-Sube a ducharte y ahora te llevo una aspirina -le ofreció Damien con amabilidad.

Emily así lo hizo.

Se estaba secando el pelo cuando Damien entró en el baño con un vaso de agua y dos pastillas blancas en la mano. Emily tomó el vaso y se lo estaba llevando a la boca cuando él se agachó para recoger algo que había en el suelo.

-¿Qué es esto?

Emily observó horrorizada el envoltorio de la prueba de embarazo que se había hecho aquella mañana.

Capítulo 12

EMILY se quedó de piedra.

Damien se quedó mirando el envoltorio un buen rato.

-Te lo iba a decir... -dijo Emily carraspeando-. Estoy embarazada.

-¿Pero no estabas tomando la píldora? -dijo Damien mirándola con dureza.

Emily bajó la mirada.

-Supongo que no es políticamente correcto que te lo pregunte, pero, ¿es mío?

Emily sintió una punzada de dolor ante el desprecio que percibió en la voz de Damien.

-¿Tú qué crees? -le espetó.

-Yo creo que, al final, estoy empezando a entender por qué te has casado conmigo. No sólo te he solucionado tus problemas financieros sino que además le voy a solucionar la vida al hijo de tu amante. ¿Lo sabe Danny?

Emily negó con la cabeza al borde de las lágrimas al ver que Damien daba por hecho que el niño no era suyo. ¿En tan poca estima la tenía?

-No me puedo creer que me hayas hecho esto.

Y yo creyendo que tenía la situación controlada mientras tú me utilizabas como querías.

-Damien, nunca ha sido mi intención...

-No intentes engañarme -ladró él-. Debería haberme dado cuenta antes. Lo cierto es que nunca creí que cayeras tan bajo, pero debe de ser que soy un iluso. Tendría que haberme dado cuenta desde el principio que a cambio de disfrutar de ese maravilloso cuerpo iba a tener que pagar un precio muy alto. ¿Para cuando lo esperas?

Emily no había hecho los cálculos.

-No lo sé... no se de cuánto estoy.

Damien se giró y golpeó la pared con el puño cerrado. Emily no lo había visto nunca tan enfadado.

-Por favor, Damien, escúchame.

-Necesito estar solo -dijo él mirándola con dureza-. No me esperes despierta.

Emily se quedó sola en el baño mientras lo oía alejarse por el pasillo. A los pocos minutos, oyó su coche salir del garaje.

Emily se sentó en el suelo con la cabeza entre las manos y se dijo que no podía hacer nada. Damien ya había decidido.

Emily se metió en la cama un rato después y consiguió dormir hasta que volvió Damien. Cuando lo oyó en la cocina y un poco después en el salón, no pudo seguir durmiendo, así que terminó

levantándose y bajando a la cocina a prepararse una infusión para el estómago.

-¿Te preparo algo? -le dijo Damien mientras ella miraba en el frigorífico.

Ya no había rastro de cólera en su voz.

-Me voy a hacer una tostada -contestó yendo hacia la tostadora.

-Ya te la hago yo -insistió Damien-. Tú siéntate.

Emily se sentó en un taburete y lo observó mientras sacaba el pan del frigorífico y lo metía en la tostadora.

-Quiero pedirte perdón por lo de antes -se disculpó Damien apoyándose en la encimera.

-No importa -contestó Emily apartando la mirada por miedo a que se le saltaran las lágrimas.

-Sí, claro que importa. No me había dado cuenta de cómo te habrá afectado esto.

-¿A que te refieres?

-No me había dado cuenta de que supongo que el embarazo no era deseado y eso te habrá pillado por sorpresa -contestó Damien untándole mantequilla en la tostada.

Emily no dijo nada.

-¿Qué vas hacer?

-Todavía no lo sé.

-¿No estarás pensando en abortar?

-¡Por supuesto que no! -contestó Emily-. Esto ha sido culpa mía y tengo que afrontar las consecuencias, no pasárselas a un niño inocente.

-No se lo digas a Danny. No creo que se lo tomara muy bien.

Emily jugueteó con la tostada un rato. Damien le pasó la miel y, cuando sus dedos se rozaron,

Emily retiró la mano como si se hubiera quemado. -Siento destrozar la imagen que puedas tener de mi hermano, pero Danny se muere por el dinero.

Le gusta hacer dinero a costa de los demás. -Danny no es...

-Sé lo que me vas a decir -la interrumpió Damien-. Lo he oído otras veces. No eres la primera novia de mi hermano a la que he tenido que ayudar.

-Yo no era su...

-No me interesan los detalles. Danny no es una persona responsable. ¿Por qué no hacemos como que el niño es mío? Nadie lo va a poner en duda. «¡Nadie menos tú!», pensó Emily desesperada. -Pero...

-Insisto -dijo Damien-. Me vendrá bien criar al hijo de otro. Me

ayudará a tomar perspectivas sobre un viejo asunto que no se me quita de la cabeza.

-Damien, necesito explicarte...

-Por favor. Ambos somos adultos. Tenemos que solucionar esta situación.

-¡No entiendes nada!

-Claro que lo entiendo. Entiendo más de lo que te puedas imaginar.

Llegados a aquel punto, Emily se rindió.

Bondi Beach era una zona muy populosa llena de gente y de color.

-Estoy muy cansada.

-Ven, vamos a la cama -le dijo Damien ayudándola a ponerse en pie.

Emily se apoyó en él agradecida. Aunque tenía que decirle muchas cosas, estaba demasiado cansada para hacerlo en aquellos momentos.

Se metió en la cama y se quedó rápidamente dormida. Mientras tanto, Damien permaneció a su lado mirándola preocupado.

A la mañana siguiente, Damien le subió un té a la cama.

-Si te encuentras bien, había pensado que tal vez podríamos pasar el día fuera -le propuso.

-¿Dónde tenías pensado ir?

-¿Qué te parece ir hacia la playa de Bondi y dar un paseo por Bronte? Nos podríamos llevar los bañadores para darnos chapuzón.

Emily dudó pues sabía que Danny se había mudado a vivir a aquella zona y no le apetecía encontrarse con él.

Sin embargo, comprendía el esfuerzo que estaba haciendo Damien por hacer las paces, así que aceptó.

-Me parece una idea estupenda -contestó.

Se sentaron en una cafetería y pidieron un par de sándwiches y unos zumos.

-Emily, tenemos que hablar del futuro -le dijo Damien.

Emily sintió que se le encogía el corazón. Estaba segura de que Damien le iba a decir que quería divorciarse. Ya no había motivos para seguir casados: Había conseguido que no escribiera el libro y ahora, para colmo, él creía que estaba embarazada de su hermano.

¿Sería demasiado tarde para contarle la verdad? No podía hacerlo. No quería que Damien se sintiera obligado a seguir casado con ella por el bien del niño. Ella quería que la quisiera por sí misma.

-Dadas las circunstancias, creo que no es oportuno que continuemos con nuestro acuerdo -le dijo Damien.

-Lo entiendo -contestó ella agarrando el vaso de zumo de naranja con fuerza para que Damien no se diera cuenta de que le temblaban las manos.

-No me parece justo seguir adelante.
-¿Cuándo... cuándo quieres que me vaya?
-¿Qué?
Al levantar la mirada, Emily se encontró con el rostro de Damien mirándola atónito.
-Puedo volver a mi casa o alquilarme otra.
-Emily, me_ he perdido. ¿Qué es eso de que te vas?
Ahora fue Emily la que lo miró atónita.
-¿No es eso lo que quieres? ¿No me acabas de decir que quieres romper nuestro acuerdo, es decir, nuestro matrimonio?
-No me refería a divorciarnos -le aclaró Damien.
-¿Ah, no?
-No. Me refería a nuestro acuerdo de mes y medio. Lo doy por finalizado.
Emily lo miró sin comprender nada.
-Las cosas han cambiado -continuó Damien-. Ahora, vas a necesitar ayuda durante varios meses.
-¿Quieres que me quede? ¿Durante cuánto tiempo?
Damien se encogió de hombros.
-Todo el que necesites. No es fácil criar a un niño sola. Creo que deberíamos intentar darle un hogar estable.
Emily se quedó mirando el vaso de zumo. ¿Damien quería seguir casado con ella?
-¿Por qué haces esto? -le preguntó mirándolo a los ojos-. ¿Primero me acusas de haberte engañado y ahora quieres ponerte la soga alrededor del cuello tú solito?
-Como tú dijiste anoche, no se pueden cargar las responsabilidades sobre un bebé inocente. El niño no tiene nada que ver con las maquinaciones que desembocaron en nuestro matrimonio. Por esa razón, seguiremos casados, para protegerlo y ayudarlo.
-¿Tengo opción?
-Tú ya has elegido. Elegiste casarte conmigo y yo elijo ahora seguir casado contigo.
-¿Por la fuerza?
-No, quiero que te enfrentes a esta responsabilidad.
-No entiendo por qué quieres seguir casado conmigo. La opinión que tienes sobre mí no es buena.
-Puede que no, pero el sexo lo es.
Emily se sonrojó y comenzó a comerse el sándwich para disimular.
-Creí que te iba a gustar la idea. Al fin y al cabo, ¿no era esto lo que tenías planeado desde el principio?
-Yo no tenía nada planeado.

Aquello hizo reír amargamente a Damien.

-Esta conversación no me está resultando agradable -dijo Emily.

-No, ya supongo que no, pero tenemos que afrontar las consecuencias de nuestros actos.

-¿Te has parado a pensar que esté niño podría ser tuyo? -le espetó Emily.

Damien se quedó mirándola en silencio.

-Se me ha ocurrido, sí, pero me he apresurado a apartar semejante posibilidad de mi cabeza. ¿Por qué habrías accedido a casarte conmigo si no hubiera sido porque estuvieras desesperada por algo?

-Ser madre soltera hoy en día es muy normal.

-Sí, pero es mucho más fácil tener dinero -apuntó Damien-. Y, claro, Danny no lo tiene.

La sola mención de su nombre hizo que Emily se estremeciera.

-¿Lo has visto hace poco? -le preguntó Damien de repente.

-No -mintió Emily-. Supongo que estará muy ocupado con su nueva novia.

-Me temo que eso se ha acabado. Por lo visto, Louise se ha enterado de la situación financiera de mi hermano y le ha dejado.

-Ah.

-¿Te vas a poner en contacto con tu familia para decirles que estás embarazada? -le preguntó Damien al cabo de un rato.

-No.

-Eres muy solitaria, ¿verdad?

-Me gusta ser independiente. Así, sufres menos. -¿Quién te ha hecho sufrir? ¿Tus padres?

Emily dejó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie.

-Me parece que me voy a ir a dar un paseo -dijo con decisión-. Te espero fuera.

Damien la observó mientras Emily oteaba el océano azul. Damien suspiró, pagó y fue a reunirse con ella.

Capítulo 13

EMILY y Damien caminaron por la orilla sin dirigirse la palabra. Parecía que ambos preferían disfrutar de la brisa marina. En un momento dado, Damien agarró a Emily de la mano.

-,¿Te apetece que nos demos un baño? -propuso Damien al cabo de un rato.

-Sí, me parece una buena idea -contestó Emily apartándose el pelo dé la cara.

-Pues venga, vamos -dijo Damien entregándole la bolsa con los bañadores-. Nos vemos aquí dentro de cinco minutos.

Emily se dirigió al vestuario y se puso el biquini negro que había llevado. Se miró el vientre, todavía plano, en el espejo y se preguntó cuándo empezaría a notársele el embarazo.

Le parecía increíble que en aquellos momentos estuviera creciendo un bebé en sus entrañas. Lo peor era que tenía miedo y se sentía muy triste por la opinión que el padre de aquel niño tenía de ella.

Se reunió con él en el exterior y, tras guardar la ropa en la bolsa, se dirigieron a la orilla.

-Venga, vamos adentro -la animó Damien tomándola de la mano.

Aunque a Emily no le hacía mucha gracia meterse tan rápido en el agua pues había olas bastante grandes, Damien le enseñó a pasarlas por debajo buceando y pronto se encontraron más allá de donde rompían las olas, en una zona tranquila.

-Es la primera vez que me alejo tanto de la orilla -comentó Emily emocionada-. Antes, me daba miedo.

Damien sonrió.

-Me alegro de que empieces a confiar en mí. -Sí, pero tú no confías en mí -contestó ella-.

No es justo, ¿no te parece?

Damien la abrazó y Emily se apretó contra su cuerpo.

-La confianza es como el respeto: hay que ganársela.

-Es muy difícil ganarse la confianza de alguien que ya te ha juzgado -apuntó Emily apartando un alga.

-Ya te he juzgado porque tus hechos te han condenado, así que vas a tener que hacer un gran esfuerzo para que cambie de opinión -admitió Damien.

-Así que todo depende de mí, ¿eh?

-Depende de los dos. Los dos vamos a tener que hacer un gran esfuerzo. De lo contrario, no habrá nada por lo que luchar.

Aprovechando que llegaba una ola bastante grande, Damien le propuso que la tomaran y se dejaran llevar hasta la orilla. Así lo hicieron.

-Lo he conseguido -sonrió Emily poniéndose en pie sobre la arena.

-Así es -sonrió Damien.

-Gracias por haberme hecho pasar un rato maravilloso.

En ese momento, un niño pequeño que iba corriendo hacia el mar chocó contra sus piernas y cayó al suelo llorando. Emily se apresuró a levantarlo y a consolarlo.

-Gracias -dijo su madre llegando con otro pequeño en brazos-. Se me ha escapado un momento y con estos ya se sabe, no puede uno descuidarse ni un instante. Vamos, Matthew, vamos a comprar un helado.

Una vez a solas, Damien se quedó pensativo mirando a Emily.

-Vas a ser una buena madre -sentenció.

-¿Por qué dices eso?

-Porque se ve que tienes lo que hace falta tener.

-Me alegro de que así te lo parezca -dijo ella irritada-. Lo dices como si antes lo hubieras dudado.

-En absoluto -contestó Damien frunciendo el ceño-. ¿Prefieres que diga que no me parece que vayas a ser una buena madre? ¿Qué te pasa? Siempre que te hago un cumplido, te enfadas.

-No estoy acostumbrada a tus cumplidos.

-Entonces, supongo que voy a tener que esforzarme un poco más. ¿Qué te parece si empezamos por esto? Estás absolutamente increíble con ese biquini negro.

-Es un buen comienzo -admitió Emily.

-Además, tienes una sonrisa muy bonita.

Emily se quedó mirándolo y no dijo nada. Cómo le gustaría poder contarle que había conocido a Rose, pero ella le había pedido encarecidamente que no lo hiciera y, aunque Emily no entendía por qué, no estaba dispuesta a traicionar a su amiga.

-Pero supongo que Danny te lo habrá dicho muchas veces -añadió Damien con amargura.

-Danny me dijo muchas cosas bonitas, pero he aprendido a no hacerle caso.

-Muy sabio por tu parte.

Salieron de la playa en silencio y Damien le propuso tomar un café antes de volver a casa.

Emily lo siguió deseando que no se mostrara tan distante con ella, pero así había sido desde que-le había dicho que estaba embarazada. Parecía que no podía soportar la idea de tocarla.

Aquello hacía que Emily se sintiera vacía y sola. Echaba de menos sus besos y sus caricias.

Además, no había esperanzas para ella pues el amor de Damien era

de Linda Janssen. Era absurdo obviarlo cuando lo había visto con sus propios ojos. Le rompía el corazón, pero no debía olvidarlo.

-Emily, te tengo que decir una cosa -dijo Damien una vez sentados mientras ella jugaba con la nata del café.

-Soy toda oídos.

-Creo que ha llegado el momento de que te lleve a conocer a mi tía -anunció Damien.

Emily sonrió nerviosa.

-¿Te lo ha pedido ella?

-Rose lleva pidiéndomelo semanas, pero yo no estaba seguro de que fuera el momento. Ahora, sí lo creo -sonrió Damien-. Nos ha invitado a cenar esta noche.

-¿Sabe lo de...? ¿Le has dicho lo de...?

-No -contestó Damien apartando la mirada-. No he podido decírselo. Pronto se enterará, sin embargo. Quizás, sería una buena idea que se lo dijeras durante la cena.

-No creo que el tema de mi embarazo sea el más oportuno para una cena en Double Bay -contestó Emily-. Sobre todo, cuando tú insistes en que no eres el padre de niño.

Se hizo entre ellos un silencio muy incómodo. Emily levantó la mirada y se encontró con la dura expresión de Damien.

-¿Cómo sabes dónde vive mi tía?

Emily parpadeó y se preguntó qué debía decir.

Damien apartó el café y se puso en pie. Emily lo siguió.

-Súbete al coche -le ordenó él con dureza.

-Damien, yo...

-Sube al maldito coche.

Emily subió al coche, cerró la puerta y esperó a que él se montará también.

-Te dije expresamente que no mantuvieras ningún tipo de contacto con mi tía -protestó Damien poniendo el coche marcha-. Era parte del trato.

-No" he establecido contacto con tu tía -le aseguró Emily-. Fue ella la que estableció contacto conmigo.

Damien se giró hacia ella.

-¿Cuándo? ¿Cómo?

-Cuando estabas de viaje. Me tropecé con ella en la calle cerca de casa y estuve a punto de tirarla al suelo.

-No te creo.

-Para variar -dijo Emily-. No crees casi nada de lo que te cuento, así que, ¿por qué iba a ser diferente ahora?

-¿Cuántas veces la has visto? -Varias.

Damien siguió conduciendo en silencio.

-¿Por qué no me lo has dicho?

-Porque tu tía me dijo que no lo hiciera.

-De todas formas, deberías habérmelo dicho. -¿Cómo? ¿Y romper la confianza que Rose tiene en mí? Te pasas el día diciéndome que no soy una persona de fiar y que haría cualquier cosa por conseguir una buena historia. Bien, pues decidí no decirte que conocía a tu tía para demostrarte que estás equivocado.

Damien arrugó el ceño mientras tomaba la salida de Double Bay.

-No entiendo qué ha llevado a Rose a hacer esto. Fue ella la que insistió en que hiciera lo que fuera, pero que no te dejara escribir el libro.

-Casarte conmigo fue una medida un tanto drástica, ¿no te parece?

-Puede, pero fue lo único que se me ocurrió en aquellos momentos.

-Qué pena que no se te ocurriera freírme en aceite hirviendo o atarme para que me devoraran los pájaros.

-Todavía estaría tiempo -dijo Damien parando el coche.

-No te lo aconsejo -le advirtió Emily bajándose del vehículo-. Rose y yo nos llevamos muy bien.

-Solidaridad entre mujeres -murmuró Damien-. Jamás lo hubiera creído.

Una vez dentro de casa, Emily se dio una ducha y se vistió para ir a cenar con Rose. Cuando bajó al salón, se encontró a Damien hablando por teléfono.

-Parece ser que debo pedirte disculpas -anunció él tras colgar el auricular.

-¿Y eso? ¿Has hablado con tu tía y te ha dicho que todo lo que te he contado es verdad? -se burló Emily.

-Mira, mi tía llevaba años sin querer ver a nadie más que a su chofer, a su médico y a mí. Tienes que entender que no te creyera.

-¿Quieres que te enseñe el contenido de mi bolso por si hubiera metido una grabadora o una cámara miniatura?

-No quiero discutir contigo -le aseguró Damien-. El hecho de que Rose haya invitado a alguien a cenar es un milagro. No quiero estropear este momento discutiendo entre nosotros.

-Por mí, perfecto -contestó Emily.

-Sí, he invitado a otra persona, una persona que es muy especial para Damien y para mí.

Emily miró a Damien, pero su expresión era inescrutable.

-¿De quién se trata?

Rose sonrió encantada de que su primera cena en quince años fuera a ser tan maravillosa.

-De Linda -contestó orgullosa-. Linda Janssen.

Rose los recibió ataviada con un vestido de cola que a Emily le encantó pues era bastante excéntrico.

Al ver el cariño con el que se abrazaban Damien y ella, Emily sintió un nudo en la garganta.

-Emily, estás preciosa, ¿verdad, Damien? -sonrió Rose besándola en las mejillas-. ¿Se ha enfadado mucho mi sobrino por nuestro pequeño secreto, querida?

-La verdad es que se lo ha tomado bastante bien -contestó Emily mirando a Damien.

-¿Te gusta mi vestido? -preguntó Rose muy coqueta.

-Sí, es precioso y te queda de maravilla -contestó Emily sinceramente.

-Me alegra que me digas eso pues quería estar guapa porque la cena de hoy va a ser muy especial. -¿De verdad?

Capítulo 14

EMILY consiguió sonreír y disimular su malestar.

-Es una pena que Andre no pueda venir, pero por la visto le duele la tripa o algo así. ¿Qué queréis tomar? ¿Champán?

-Yo sólo quiero una tónica -contestó Emily.

-También tengo un vino blanco muy bueno -insistió Rose.

-Emily no bebe mucho, tía -intervino Damien acudiendo en su ayuda-. Yo tomaré champán.

Damien distrajo a Rose inspeccionando la botella de champán que había comprado. Emily se lo agradeció y se sentó en el sofá preparándose para lo que iba a tener que soportar aquella noche.

¿Por qué habría invitado Rose a Linda a cenar? ¿Qué se proponía?

Al cabo de un rato, llamaron al timbre y Rose fue personalmente a abrir. Volvió admirando el precioso vestido color arándanos que lucía Linda. Al instante, Emily se sintió fuera de lugar con su sencillo vestidito blanco.

-Damien -lo saludó Linda besándolo en ambas mejillas con cariño-. Emily -añadió girándose hacia ella-. Estás preciosa. El matrimonio te sienta de maravilla porque cada vez que te veo estás mejor. Emily no supo qué decir. Linda parecía sincera, pero no pudo evitar preguntarse si le habría dicho lo mismo de no estar Rose y Damien delante. -Gracias-consiguió contestar.

-Es un placer estar aquí de nuevo -dijo Linda girándose hacia Rose-. ¿Cómo es que se te ha ocurrido invitarnos a cenar?

-Quiero anunciaros algo -contestó la tía de Damien-. Me van a operar.

-¿Cómo? -dijeron Damien y Linda al unísono. -¿De qué? -quiso saber Emily. -Me voy a someter a una operación experimental que consiste en introducir células nuevas en la

parte de mi cerebro que me produce el Parkinson. Nadie dijo nada.

-¿Qué me decís? -dijo Rose muy contenta. Damien se puso en pie y abrazó a su tía. -¿Te lo has pensado bien ?

-Cariño, ya no puedo seguir viviendo así. No quiero que la gente piense que soy una alcohólica.

Tengo que hacer algo.

-¿Es una operación arriesgada? -preguntó Linda. -Por supuesto, conlleva riesgos. Podría padecer epilepsia, parálisis e incluso daños permanentes en el cerebro.

-¡Oh, no! -exclamó Emily.

Rose le puso la mano en el hombro.

-No te preocupes, querida. He considerado todos los riesgos y, comparados con lo que estoy sufriendo actualmente, no tengo mucho

que perder. No quiero seguir viviendo así y, de alguna manera, tú has sido responsable de mi decisión.

-¿Yo? -dijo Emily atónita.

-Sí, tú me has hecho darme cuenta de que no puedo esperar que el público acepte mi desaparición. Quieren respuestas y yo se las debo.

-No les debes nada -dijo Damien.

-No tendría todo lo que tengo si no hubiera sido por mi público. Me han apoyado durante muchos años y ya va siendo hora de que me enfrente a la realidad. Quiero que se sepa la verdad.

-¡Tía! -protestó Damien.

-No -dijo ella alzando una mano-. He tomado una decisión. Me voy a operar y puede que vuelva a actuar.

-¿De verdad? ¡Eso sería maravilloso! -dijo Linda.

-Sí, sería como un milagro y quiero que Emily escriba sobre ello.

-¿Cuándo te van a operar? -preguntó Damien. -A finales de la semana que viene -contestó

Rose.

-Es usted muy valiente -dijo Emily.

-No me queda más remedio.

Damien suspiró y volvió a abrazar a su tía. -Estás decidida, ¿verdad?

-Así es -contestó Rose con una gran sonrisa-.

Ahora que tú te has casado, tengo una razón por la que luchar. Quiero disfrutar de tus hijos con buena salud.

-No te apresures, Rose -rió Linda-. Sólo llevan casados unas semanas.

Emily deseó que se la tragara la tierra.

Rose los hizo pasar al comedor y fue a la cocina para servir el primer plato.

-¿No debería ir a ayudarla? -se ofreció Emily.

-No -contestó Damien-. Hace mucho tiempo que no es anfitriona, así que vamos a dejar que lo disfrute.

Emily se esforzó por intervenir en la conversación que mantenían Damien y Linda, pero no se sentía a gusto. Era obvio que entre ellos había algo. Se veía en cómo se miraban y en la complicidad de sus palabras. Aquello dolía tanto a Emily que pronto se sumió en sus pensamientos para huir de allí.

-¿Se lo vas a decir a Danny? -dijo Linda cuando Rose volvió con las ostras en salsa de caviar que había de primer plato.

-No -contestó la tía de Damien-. Ya sé que Danny es mi sobrino también, pero a veces no parece importarle mucho la familia.

Emily miró a Damien y se sonrojó. El mero hecho de oír el nombre

de su hermano la hacía sentir culpable.

-Danny va a tener que cambiar su actitud y yo me voy a encargar de que así sea -le aseguró Damien a su tía.

-¿No me digas que ha dejado embarazada a otra chica? -dijo Rose probando el vino-. Creí que después de la última habría aprendido.

Emily sintió náuseas y tuvo que levantarse a toda velocidad.

-Perdón... -se disculpó corriendo hacia el baño.

Damien la siguió y le pasó una toalla húmeda cuando terminó de vomitar.

-No deberíamos haber venido. Necesitas descansar.

-Lo cierto es que hubiera preferido no tener que cenar con tu amante -contestó Emily.

Damien la miró a los ojos.

-Emily, te tengo que decir una cosa sobre Linda.

-La quieres, ¿verdad?

Damien no contestó.

-Os vi ayer. Iba a comer contigo y os vi fuera de tu oficina, os estabais despidiendo. Supongo que le estarías diciendo que tu esposa no te entiende y que...

-Emily, no lo entiendes. No es eso...

-¿No lo entiendo? -le espetó Emily-. ¿Sabes qué es lo que no entiendo? No entiendo qué hago aquí. Yo sólo quería escribir un libro. Admito que no elegí yo el tema, pero tenía que llegar a fin de mes. De repente, me encuentro casada con uno de los principales protagonistas que resulta estar liado con la mujer de uno de sus socios. Para colmo, conozco a la protagonista del libro, que decide salir de su reclusión y me veo obligada a cenar con la amante de mi marido, que debe de esperar que me coma las ostras como si no pasara nada.

-Me doy cuenta de que todo esto ha sido muy difícil para ti -apuntó Damien.

-¿Difícil? Tú no tienes ni idea de cómo me siento ahora mismo.

-Te puedo asegurar que si lo sé. En cuanto se pusieron a hablar de Danny, me di cuenta de que te ibas a sentir fatal, pero cuanto antes asumas que mi hermano no es una buena persona, mejor.

-¡Esto no tiene nada que ver con Danny! -exclamó Emily-. Lo que digo lo digo por ti y por mí.

-Ya te he dicho que me haré cargo del niño. Nadie lo sabrá, sólo tú y yo.

Emily apretó los puños.

-Damien, te tengo que decir una cosa muy importante.

-No, yo sí tengo que decir una cosa muy importante sobre Linda.

Emily lo miró presa del pánico. Estaba segura de que le iba a decir

que se divorciaba de ella para irse con Linda.

-Linda es...

-¿Emily, estás bien? -preguntó Rose apareciendo en el baño-. Damien, ¿quieres que llame al médico?

Damien suspiró y se giró hacia su tía.

-No hace falta, tía Rose -le aseguró-. Hemos pasado el día en la playa y le ha debido de dar demasiado sol. Nos vamos a ir a casa.

-No quiero estropearle la cena a tu tía -protestó Emily.

-No te preocupes, te llevo a casa y me vuelvo yo. «Eso, a estar con Linda», pensó Emily con tristeza.

Una vez en casa, Damien la ayudó a meterse en la cama.

-¿No quieres cenar nada? -le preguntó.

-No tengo hambre.

-Siempre dices lo mismo -comentó Damien-.

Deberías cuidarte más, por el niño.

-No sé por qué te preocupas tanto -le espetó Emily.

-Porque alguien tiene que hacerlo.

-No te molestes. Tu hipocresía me da náuseas. -Supongo que mi presencia también, ¿verdad? -Verdad -contestó Emily maliciosamente. Damien se giró y se fue. Emily odiaba verlo así, pero no podía hacer nada. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Ir a cenar con su amante como si tal cosa?

Lloró amargamente durante un buen rato, hasta que se sintió física y mentalmente exhausta. Se quedó dormida y sólo se despertó cuando oyó ruidos en la planta de abajo.

-¿Qué tal estás? -preguntó Damien entrando en el dormitorio.

-Tengo hambre -contestó Emily sinceramente.

-Menos mal, porque la tía Rose me ha dado los restos de la cena para ti.

-Espero que no haya ostras.

-No, no hay ostras -sonrió Damien.

Se acercó a ella con una bandeja en la que había colocado un plato de pollo al limón con espinacas y arroz salvaje.

-Espero no haberle estropeado la cena a tu tía. -No pasa anda, pero estaba preocupada por ti y me ha hecho prometerle que no te iba a enfadar. -¿Y se lo has prometido?

-Qué remedio -sonrió Damien sentándose en el borde de la cama-. Lo cierto es que nunca he querido hacerlo. Te prometo que jamás ha sido mi intención. Ahora me doy cuenta de que esto de casarnos tal vez haya sido ir demasiado lejos.

Emily dejó el tenedor pues ya no tenía hambre. -Lo cierto es que me pillaste por sorpresa -admitió Damien.

-¿Yo?

-Estabas tan decidida a escribir un libro sobre

Rose que tenía que hacer algo para impedirlo y no se me ocurrió otra cosa mejor para proteger a Rose y a Linda que casarme contigo.

-¿A Linda? -dijo Emily y agitada-. ¿Qué tiene que ver Linda con todo esto? Damien la miró a los ojos. -Linda es hija ilegítima de Rose.

Capítulo 15

¿LINDA es tu prima? -exclamó Emily-. ¿Estás liado con tu prima? Damien negó con la cabeza. -Te lo he dicho tantas veces que estoy harto de repetirlo. Linda Janssen y yo no somos amantes. La quiero mucho, eso sí y estoy dispuesto a que ni ella ni su madre tengan que sufrir más de lo que ya han sufrido en todos estos años.

-¿Lo sabe Danny? -preguntó Emily apartando la bandeja.

-Creo que lo sospecha, pero de momento hemos conseguido que no lo sepa. Mi tía te lo quería decir hace tiempo, pero Linda le hizo prometer que no lo iba a hacer. No quiere que la prensa caiga sobre ellas como buitres pues quiere que sus padres adoptivos tengan tiempo para aceptar que su hija ha encontrado a su madre biológica. Ahora comprenderás que tu insistencia en escribir una biografía sobre Rose era muy peligroso para nosotros.

Emily no sabía qué decir. Había juzgado apresuradamente a Damien, creyendo que mantenía una relación extramatrimonial cuando en realidad lo que hacía era proteger a dos personas a las que quería mucho.

Se sintió avergonzada por haber querido escribir un libro sobre una familia a la que no conocía de nada, tratándola como si fueran personajes de una obra de teatro y no personas de verdad.

Emily quería pedirle perdón, pero no encontraba las palabras.

-Me voy para que puedas descansar -anunció Damien-. Mañana me voy a Brisbane con Linda para intentar convencer a sus padres adoptivos de que vengan a conocer a mi tía.

-¿Tu prima quiere que vayas por tu experiencia personal?

-¿Te lo ha contado Rose?

Emily asintió con un nudo en la garganta.

-Quiero que mi prima tenga lo que yo no tuve, una relación de amor con su madre biológica.

-Lo entiendo -dijo Emily levantando la mirada.

Pero Damien ya se había ido.

El lunes, Emily decidió no ir a casa de Danny tal y como habían quedado sino llamarlo para que fuera él a casa de Damien..

Quedaban cinco minutos para que llegara y Emily se apresuró a guardar el cheque que había obtenido de la venta de su casa aquella misma mañana en su agenda.

-Con verás, hoy llegó puntual -se burló Danny cuando le abrió la puerta.

-Acabemos cuanto antes con esto -dijo Emily-. ¿Dónde está el diario?

-Aquí -contestó Danny entregándole un cuaderno muy viejo-. ¿Y el

dinero?

-Toma -dijo Emily entregándole el cheque.

-No está mal -comentó Danny al ver la cifra-. Veo que mi hermano paga caro por acostarse contigo. Es una pena que yo no pudiera disfrutar nunca de ese privilegio, pero todavía estamos a tiempo... -dijo acercándose a ella.

Emily dio un paso atrás, tropezó con la mesa y cayó al suelo. Cuando estaba incorporándose , vio cómo Damien le daba un puñetazo en la cara a su hermano.

Emily cerró los ojos y, cuando los abrió, Damien le estaba ofreciendo la mano para que se levantara.

-Danny se ha ido -anunció-. Ya no te hará nada.

Emily se puso en pie.

-Tengo el diario, tengo el diario -dijo dejándolo sobre la mesa.

-Sí, lo sé.

Emily se quedó mirando a Damien a los ojos. Él la miraba sonriente.

-¿Por qué te casaste conmigo, Emily?

-Yo... no estoy segura... supongo que porque necesito que alguien me quiera.

-¿Cualquiera?

-No, sólo tú.

Damien sonrió y la abrazó.

-No tienes ni idea de lo feliz que me hace oírte decir eso.

-Te tengo que decir una cosa muy importante.

-No hace falta -le aseguró Damien.

Emily lo miró confundida.

-Lo he oído todo. Cuando he llegado a casa y he visto el coche de mi hermano, he decidido entrar por la puerta de atrás y he oído cómo te decía que nunca os habíais acostado. Me siento avergonzado de mí mismo, ¿me perdonas? Te he tratado mal y mi única excusa es que tenía celos. Tenía ideas preconcebidas sobre ti que se han ido cayendo una a una cuando te he ido conociendo y a medida que me he ido dando cuenta de la maravillosa que eres.

-¿Y el niño? Lo siento, no me estaba tomando la píldora porque no tenía motivos para hacerlo, hacía meses que no me acostaba con nadie...

-El niño y tú vais a vivir conmigo el resto de vuestras vidas.

-No hace falta que hagas eso. Ya me las apañaré...

-Acabas de vender tu casa para pagar al sinvergüenza de mi hermano. No pienso permitir que te enfrentes a esto tú sola.

Emily se mordió el labio inferior.

-Emily, dime que me necesitas. Necesito oírlo.

-Te quiero -dijo ella mirándolo a los ojos-. Eres la primera persona a la que quiero desde que era una niña.

Damien sonrió y la abrazó con fuerza.

-Yo también te quiero. Lo eres todo para mí. Emily sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

-No sé qué decir. -Dime que me quieres. -Te quiero.

-Dime que me lo vas a decir todos los días de nuestras vidas -sonrió Damien. Emily lo miró con adoración. -Trato hecho.

Melanie Milburne - Amores de papel (Harlequín by Mariquiña)